



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Grado en Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

En Rojava y en Erbil

Análisis de los factores que explican el éxito de las aspiraciones kurdas en Irak y Siria, y su fracaso en Turquía e Irán

Estudiante: Leonor Rosales March

Director: Daniel Pérez Fernández

Madrid, abril 2026

Resumen

Este Trabajo Fin de Grado analiza la notable variación en los niveles de autonomía política que ha alcanzado el pueblo kurdo en los cuatro territorios que lo albergan: Irak, Siria, Turquía e Irán. Pese a compartir un punto de partida comparable —negación de su identidad, restricciones lingüísticas y exclusión política sistemática—, los resultados han sido radicalmente divergentes: mientras en Irak se consolidó el Gobierno Regional del Kurdistán (KRG) y en Siria emergió la administración autónoma de Rojava, en Turquía e Irán las aspiraciones kurdas han sido contenidas de manera sistemática. La hipótesis central de este trabajo sostiene que esa divergencia no se explica por factores culturales, identitarios ni de apoyo internacional, sino por una variable estructural: la integridad institucional del Estado anfitrión. A partir de un diseño comparativo de sistemas más similares (MSSD, *Most Similar Systems Design*), se examinan dos casos de éxito relativo frente a dos de fracaso para demostrar que la autonomía kurda emerge únicamente en escenarios de colapso o debilitamiento institucional derivados de guerras o conflictos internos, como la Guerra del Golfo de 1991 en Irak o la guerra civil siria de 2011, y se cierra cuando el Estado recupera su autoridad. El marco teórico articula las teorías subjetivistas del nacionalismo (Anderson, Hobsbawm) con las objetivistas (Gellner), la teoría de la capacidad estatal (Tilly, Rotberg) y el concepto de Estado de facto (Pegg). El análisis se extiende hasta la actualidad e incorpora el movimiento "*Mujer, Vida, Libertad*" en Irán (2022), la Coalición de Fuerzas Políticas del Kurdistán iraní (2026), la disolución del PKK en Turquía (2025) y la pérdida de la autonomía de Rojava. Los hallazgos confirman que el destino de las aspiraciones kurdas depende menos de la fortaleza de su movimiento nacional que de la debilidad del Estado al que se enfrentan.

Palabras clave: autonomía kurda, integridad institucional, colapso estatal, Estado de facto, nacionalismo, Kurdistán, Irak, Siria, Turquía, Irán, ventana de oportunidad, estudio comparado.

Abstract

This paper examines the notable variation in the levels of political autonomy that the Kurdish people have achieved across the four states where they reside: Iraq, Syria, Turkey, and Iran. Despite a comparable starting point, the denial of their identity, linguistic restrictions, and systematic political exclusion, outcomes have diverged sharply: while Iraq consolidated the Kurdistan Regional Government (KRG) and the autonomous administration of Rojava emerged in Syria, Kurdish aspirations in Turkey and Iran have been systematically contained. This paper's central hypothesis is that such divergence is not explained by cultural, identity-related, or international support factors, but by a structural variable: the institutional integrity of the host state. Drawing on a Most Similar Systems Design (MSSD) comparative methodology, the study examines two cases of relative success against two of failure to demonstrate that Kurdish autonomy emerges solely in scenarios of institutional collapse or weakening driven by wars or internal conflicts, such as the 1991 Gulf War in Iraq or the 2011 Syrian civil war, and closes as soon as the state recovers its authority. The theoretical framework brings together subjectivist (Anderson, Hobsbawm) and objectivist (Gellner) theories of nationalism, state capacity theory (Tilly, Rotberg), and the concept of the de facto state (Pegg). The analysis extends to the present day, incorporating Iran's "*Woman, Life, Freedom*" movement (2022), the Coalition of Political Forces of Iranian Kurdistan (2026), the dissolution of the PKK in Turkey (2025), and the loss of Rojava's autonomy. The findings confirm that the fate of Kurdish aspirations depends less on the strength of their national movement than on the weakness of the state they confront.

Keywords: Kurdish autonomy, institutional integrity, state collapse, de facto state, nationalism, Kurdistan, Iraq, Syria, Turkey, Iran, window of opportunity, comparative study.

Índice

RESUMEN	II
ABSTRACT	III
ÍNDICE	IV
ÍNDICE DE ABREVIATURAS	V
1. INTRODUCCIÓN	1
2. FINALIDAD Y MOTIVOS	2
2.1. RELEVANCIA ACADÉMICA.....	2
2.2. RELEVANCIA GEOPOLÍTICA CONTEMPORÁNEA	3
2.3. OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN	4
3. METODOLOGÍA	5
3.1. DEFINICIÓN DE VARIABLES	5
3.2. TÉCNICA DE ANÁLISIS	6
4. MARCO TEÓRICO	7
5. LA CUESTIÓN KURDA EN PERSPECTIVA HISTÓRICA COMPARADA	12
5.1 INTRODUCCIÓN COMPARATIVA	12
5.2 FORMACIÓN DE LOS ESTADOS Y FRAGMENTACIÓN DEL KURDISTÁN	14
5.3 NEGACIÓN DE LA IDENTIDAD KURDA EN LOS CUATRO CASOS	15
5.4 REBELIONES KURDAS DEL SIGLO XX.....	16
6. IRAK: COLAPSO ESTATAL Y EMERGENCIA DE AUTONOMÍA (ERBIL)	19
6.1 IRAK HASTA 1991.....	19
6.2 GUERRA DEL GOLFO Y RUPTURA DE SOBERANÍA	21
6.3 CONSTRUCCIÓN INSTITUCIONAL DEL KURDISTÁN IRAQUÍ (1992-2003)	23
6.4 LÍMITES DE LA AUTONOMÍA: FRAGILIDAD ESTRUCTURAL DEL PROYECTO KURDO.....	24
7. SIRIA: GUERRA CIVIL Y EMERGENCIA DE ROJAVA	26
7.1 EL ESTADO SIRIO Y LOS KURDOS ANTES DE 2011	26
7.2 EL COLAPSO INSTITUCIONAL DE 2011 Y LA RETIRADA DEL RÉGIMEN	28
7.3 CONSTRUCCIÓN DEL AANES: DE ROJAVA AL CONFEDERALISMO DEMOCRÁTICO	30
7.4 FRAGILIDAD DEL PROYECTO: EL PESO DE LA ACTUALIDAD.....	32
8. IRÁN: UN ESTADO FUERTE FRENTE A LAS ASPIRACIONES KURDAS	34
8.1 LA REVOLUCIÓN DE 1979 Y LA VENTANA CERRADA	34
8.2 CONSOLIDACIÓN DEL ESTADO ISLÁMICO Y GESTIÓN ESTRUCTURAL DE LA CUESTIÓN KURDA	36
8.3 LA ACTUALIDAD: DE MAHSA AMINI A LA COALICIÓN DE FUERZAS POLÍTICAS DEL KURDISTÁN IRANÍ	38
9. TURQUÍA: MANTENIMIENTO DE LA INTEGRIDAD ESTATAL Y LUCHA FERROZ CONTRA LA INSURGENCIA KURDA	42
9.1 KEMALISMO, NACIONALISMO CÍVICO Y MAQUINARIA DE SEGURIDAD	42
9.2 SURGIMIENTO DEL PKK (AÑOS 70) Y ENFRENTAMIENTO CON EL ESTADO	43
9.3 DISOLUCIÓN DEL PKK (2024-2026)	45
10. CONCLUSIONES	47
10.1. SÍNTESIS COMPARADA DE VARIABLES	47
10.2. LA REVERSIBILIDAD DE LOS PROCESOS DE AUTONOMÍA	49
10.3. UNA VENTANA DE OPORTUNIDAD ABIERTA: EL CASO IRANÍ A CIERRE DE LA INVESTIGACIÓN	49
10.4. LIMITACIONES DEL ESTUDIO Y LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN FUTURAS	50
DECLARACIÓN DE USO DE HERRAMIENTAS DE INTELIGENCIA ARTIFICIAL GENERATIVA EN TRABAJOS FIN DE GRADO	52
BIBLIOGRAFÍA	53

Índice de abreviaturas

AANES Administración Autónoma del Norte y Este de Siria (*Autonomous Administration of North and East Syria*)

CIA Agencia Central de Inteligencia (*Central Intelligence Agency*)

CHRI Centro para los Derechos Humanos en Irán (*Centre for Human Rights in Iran*)

EE. UU. Estados Unidos de América

HTS Hayat Tahrir al-Sham

IRGC Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica (*Islamic Revolutionary Guard Corps*)

ISIS Estado Islámico de Irak y Siria (*Islamic State of Iraq and Syria*)

KDP Partido Democrático del Kurdistan (*Kurdistan Democratic Party / Partiya Demokrat a Kurdistanê*)

KDPI Partido Democrático del Kurdistan Iraní (*Kurdistan Democratic Party of Iran*)

KNC Consejo Nacional Kurdo (*Kurdish National Council*)

KRG Gobierno Regional del Kurdistan (*Kurdistan Regional Government*)

MSSD Diseño de Sistemas Más Similares (*Most Similar Systems Design*)

ONU Organización de las Naciones Unidas

OTAN Organización del Tratado del Atlántico Norte

PAK Partido de la Libertad del Kurdistan (*Kurdistan Freedom Party*)

PDKI Partido Democrático del Kurdistan Iraní (*Democratic Party of Iranian Kurdistan*)

PDKS Partido Democrático del Kurdistan en Siria

PJAK Partido de la Vida Libre del Kurdistan (*Partiya Jiyana Azad a Kurdistanê*)

PKK Partido de los Trabajadores del Kurdistan (*Partiya Karkerên Kurdistanê*)

PUK Unión Patriótica del Kurdistan (*Patriotic Union of Kurdistan*)

PYD Partido de la Unión Democrática (*Partiya Yekîtiya Demokrat*)

SDF Fuerzas Democráticas Sirias (*Syrian Democratic Forces*)

YPG – Unidades de Protección Popular (*Yekîneyên Parastina Gel*)

1. Introducción

Los kurdos constituyen el pueblo sin Estado más numeroso del mundo (Chaliand, 1980; Gunter, 2011). Con una población estimada entre veinte y veinticinco millones de personas, repartida entre Turquía, Irak, Irán y Siria. Su historia a lo largo del último siglo ha estado marcada por una paradoja persistente: pese a reunir los elementos que tanto las teorías subjetivistas como las objetivistas del nacionalismo asocian con la existencia de una nación ,lengua propia, territorio histórico compartido, tradición cultural y una conciencia colectiva de pertenencia, los kurdos no han logrado materializar un Estado soberano (Leezenberg, 2023). Su lucha no es reciente: se remonta, al menos, a la descomposición de los imperios otomano y persa a principios del siglo XX, cuando las potencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial reorganizaron Oriente Medio sin contemplar la creación de un Estado kurdo (Bozarslan et al., 2021).

El momento fundacional de esta exclusión puede situarse en la transición entre dos tratados. El de Sèvres (1920) contempló por primera vez la posibilidad de un Kurdistán autónomo, recogiendo el espíritu del punto doce de los Catorce Puntos de Woodrow Wilson, que proponía la autonomía para las minorías no turcas del Imperio otomano (Whitesell, 1993: 457). Sin embargo, el ascenso de Mustafa Kemal Atatürk alteró el equilibrio de poder y el Tratado de Lausana (1923) consolidó las fronteras de la nueva república turca sin incluir disposición alguna relativa a la autonomía kurda (Whitesell, 1993: 458). A partir de ese momento, los kurdos quedaron fragmentados en cuatro estados que, pese a sus diferencias ideológicas, compartieron un mismo proyecto: la construcción de identidades nacionales homogéneas, turcas, persas y árabes, que no reconocían la identidad kurda como diferenciada. Como señala Leezenberg (2023), tanto la Turquía kemalista como el Irán de Reza Shah siguieron modelos no liberales de partido único que imponían una identidad moderna y centralizada a poblaciones diversas, con consecuencias particularmente severas para los kurdos.

Lo que hace de la cuestión kurda un caso de estudio especialmente relevante para las relaciones internacionales no es solo su dimensión humanitaria, que incluye episodios de genocidio como la campaña Anfal de 1988, en la que fueron asesinados entre 100.000 y 180.000 civiles kurdos iraquíes ('Iraq's Crime of Genocide', 1994), así como

deportaciones masivas y la destrucción de miles de aldeas (Whitesell, 1993: 462), sino también el enigma analítico que plantea. Los kurdos comparten un punto de partida comparable en los cuatro Estados: la misma negación de su identidad, las mismas restricciones lingüísticas, la misma exclusión política. Sin embargo, los resultados han sido radicalmente distintos. En Irak, los kurdos construyeron un gobierno regional con parlamento, fuerzas armadas propias y una autonomía reconocida constitucionalmente desde 2005 (Ibrahim, 2023). En Siria, la guerra civil a partir de 2011 propició la emergencia de una administración autónoma en Rojava. En cambio, en Turquía e Irán, las aspiraciones kurdas han sido sistemáticamente contenidas, sin que se haya abierto ninguna ventana de oportunidad comparable.

Esta variación constituye el objeto central de este trabajo. La hipótesis que se propone es que la divergencia en los niveles de autonomía kurda no se explica principalmente por factores culturales, identitarios o de apoyo internacional, sino por una variable estructural: la integridad institucional del Estado. La autonomía kurda solo ha sido posible en escenarios en los que el Estado ha sufrido un colapso institucional derivado de guerras o conflictos internos y se ha cerrado cuando el Estado anfitrión ha recuperado su autoridad. Para contrastar esta hipótesis, se examinan dos casos de éxito relativo (Irak y Siria) frente a dos casos de fracaso (Turquía e Irán), siguiendo un diseño comparativo de tipo MSSD (Most Similar Systems Design) que permite aislar la variable explicativa al mantener constantes los factores compartidos: identidad kurda, represión estatal y marginalización política.

2. Finalidad y Motivos

El presente Trabajo Fin de Grado se propone abordar, desde una perspectiva politológica y comparada, la notable variación en los niveles de autogobierno alcanzados por el pueblo kurdo en los cuatro Estados que albergan su territorio histórico: Irak, Siria, Turquía e Irán. La pertinencia de este estudio se articula en torno a dos dimensiones justificativas fundamentales, una de carácter académico y otra de carácter geopolítico contemporáneo, que se exponen a continuación.

2.1. Relevancia académica

En primer lugar, conviene subrayar que la literatura politológica consagrada al estudio de la cuestión kurda ha estado tradicionalmente dominada por enfoques

esencialistas, centrados casi exclusivamente en el análisis del nacionalismo étnico, de los discursos de victimización poscolonial y de las aproximaciones teóricas limitadas al funcionamiento del Estado-nación moderno. Si bien estos enfoques han contribuido de forma significativa a la comprensión de la dimensión identitaria del fenómeno kurdo, presentan, sin embargo, dificultades sustantivas a la hora de explicar la divergencia radical en los resultados políticos que, pese a haber partido de condiciones homologables, han experimentado las poblaciones kurdas en los cuatro Estados objeto de estudio.

En respuesta a esta laguna analítica, la presente investigación se plantea como un intento deliberado de desplazar el foco del análisis de las variables identitarias hacia las variables estructurales del poder estatal. En coherencia con esta orientación, la finalidad última del estudio consiste en proporcionar un modelo explicativo sólido, firmemente arraigado en las teorías contemporáneas sobre la capacidad estatal, formuladas por autores como Charles Tilly (1985) o Robert Rotberg (2004), que permita demostrar que la autonomía subestatal o protoestatal de las minorías o grupos étnicos concretos emerge exclusivamente a partir de los vacíos de poder derivados de procesos de colapso institucional en Estados ya constituidos. La hipótesis de trabajo, derivada de este planteamiento, sostiene que la materialización de la autonomía política y territorial kurda se encuentra inversamente correlacionada con el grado de integridad institucional y la capacidad coercitiva del Estado anfitrión en el que dicha población se integra.

2.2. Relevancia geopolítica contemporánea

En segundo lugar, la presente investigación encuentra una justificación adicional, y de carácter particularmente urgente, en la situación geopolítica de Oriente Medio durante el periodo 2024-2026. La región atraviesa una fase de reconfiguración territorial e institucional de una intensidad sin precedentes desde el colapso del orden otomano, y dichos cambios afectan directamente a la situación del pueblo kurdo. Entre los acontecimientos que refuerzan la pertinencia de este trabajo cabe destacar, en primer lugar, la caída definitiva del régimen de Bashar al-Assad y la subsiguiente reconfiguración del territorio sirio, que ha traído consigo un desmantelamiento progresivo del régimen de autonomía kurda en Rojava. De forma análoga, la situación que atraviesa la República Islámica de Irán, en un contexto marcado por el conflicto abierto con Estados Unidos e Israel y por la sucesión en la cúspide del régimen teocrático, ha abierto una ventana de oportunidad inédita para las aspiraciones de autonomía kurdas en ese país.

Estos acontecimientos, por su doble carácter de confirmación y de puesta a prueba del argumento teórico aquí sostenido, dotan al estudio de un valor no solo retrospectivo, sino también explicativo respecto de los procesos actualmente en curso.

2.3. Objetivos de la investigación

En términos operativos, el objetivo general de la presente investigación consiste en contrastar empíricamente la hipótesis de partida, según la cual la materialización de la autonomía política y territorial kurda se encuentra inversamente correlacionada con el grado de integridad institucional y la capacidad coercitiva del Estado en el que dicha población se integra. Este objetivo general se desarrolla, a su vez, a través de tres subobjetivos específicos:

(1) Trazar una comparativa histórica de las condiciones iniciales de marginalización, asimilación forzosa y negación identitaria de las poblaciones kurdas en Irak, Siria, Turquía e Irán tras la desintegración del orden imperial, con el fin de establecer un punto de partida analítico uniforme.

(2) Analizar los mecanismos de construcción institucional de los denominados “Estados de facto” en aquellos casos en los que las aspiraciones kurdas han experimentado un éxito relativo (Irak a partir de 1991 y Siria a partir de 2011), identificando cómo las severas crisis de soberanía y los vacíos de poder en los Estados anfitriones allanaron el camino para dicha construcción.

(3) Examinar la resiliencia institucional en los casos en los que los proyectos kurdos no se han materializado en estructuras de autogobierno estables (Turquía e Irán), evaluando cómo el mantenimiento ininterrumpido del monopolio de la violencia y la capacidad represiva de las autoridades centrales han logrado contener sistemáticamente cualquier proyecto de autogobierno efectivo.

Sobre la base de estos objetivos, el presente trabajo se inscribe en una tradición de investigación comparada que aspira a contribuir, a partir de un caso empírico especialmente rico, al debate más amplio sobre las condiciones estructurales bajo las cuales las minorías nacionales acceden o no a formas efectivas de autogobierno en el sistema internacional contemporáneo.

3. Metodología

La presente investigación se articula metodológicamente en torno a un diseño de sistemas más similares, conocido en la literatura comparada anglosajona como Most Similar Systems Design (MSSD). Este enfoque parte de la premisa de que, cuando se analizan sistemas políticos, en la presente investigación, Estados-nación, que comparten una notable multiplicidad de características, contextos y elementos estructurales subyacentes, pero divergen radicalmente en un resultado político concreto, la explicación causal de dicha divergencia debe localizarse necesariamente en aquella variable específica que los casos no comparten.

La selección de los cuatro casos de estudio, Irak, Siria, Turquía e Irán, resulta coherente con los requisitos del diseño MSSD, en la medida en que dichos Estados presentan significativas similitudes estructurales: todos ellos emergieron del proceso de fractura del orden imperial otomano y persa tras la Primera Guerra Mundial; todos integraron en su interior poblaciones kurdas históricamente asentadas en sus regiones fronterizas; y todos desarrollaron proyectos de construcción nacional que conllevaron procesos de asimilación cultural y de negación de la ciudadanía plena a dichas minorías. Sin embargo, el resultado político, entendido como el grado de materialización de la autonomía kurda, ha divergido radicalmente entre los cuatro casos, lo que permite, precisamente, aislar analíticamente la variable explicativa.

3.1. Definición de variables

En coherencia con la lógica del diseño seleccionado, la presente investigación define con precisión sus variables de análisis. La variable dependiente (Y) se define como el “grado de materialización de la autonomía política y territorial de la comunidad kurda”, operacionalizada mediante la existencia, el alcance competencial y la sostenibilidad en el tiempo de estructuras de autogobierno efectivo, desde la ausencia total de reconocimiento hasta la consolidación de administraciones regionales con competencias legislativas, ejecutivas y de seguridad. La variable independiente (X), identificada como la causa explicativa fundamental de la divergencia observada, se define como el “nivel de integridad institucional y capacidad coercitiva del Estado central o anfitrión”, y se operacionaliza a partir del marco conceptual de Tilly (1985) y Rotberg (2004), que

vincula la solidez del Estado a su capacidad efectiva para mantener el monopolio de la violencia legítima y proveer los bienes políticos esenciales en la totalidad de su territorio.

El diseño se completa con la identificación de una serie de variables de control (C) que se mantienen sensiblemente constantes a lo largo de los cuatro casos seleccionados, con el objeto de reforzar el aislamiento de la variable independiente como factor causal de la divergencia observada. Entre dichas variables de control se incluyen: la existencia previa de un nacionalismo kurdo subyacente, articulado en torno a una identidad lingüística, cultural e histórica compartida; la experiencia histórica común de fractura imperial post-otomana; la imposición, por parte de los nuevos Estados formados, de procesos de asimilación cultural o de negación de la ciudadanía plena hacia las minorías kurdas; y la presencia sostenida de actores externos con intereses contrapuestos en la configuración regional.

3.2. Técnica de análisis

A nivel operativo y práctico, la contrastación de la hipótesis se realiza mediante un análisis cualitativo documental, el cual se organiza mediante una revisión sistemática de fuentes bibliográficas. Dicha revisión se ha desarrollado empleando el prisma analítico que se describe en el marco teórico del trabajo, en el que se articulan de forma complementaria las teorías subjetivistas del nacionalismo (Anderson, 1983; Hobsbawm, 1990), las teorías objetivistas y etnosimbolistas (Gellner, 1983; Smith, 1986), la teoría de la capacidad estatal (Tilly, 1985; Migdal, 1988; Rotberg, 2004) y la noción de Estado de facto (Pegg, 1998). El corpus documental empleado combina monografías académicas de referencia, artículos publicados en revistas revisadas por pares e informes de organismos especializados, complementado con fuentes primarias y periodísticas contemporáneas para el tratamiento de los acontecimientos del periodo 2022-2026.

El análisis adopta una ventana de observación que se extiende hasta marzo de 2026, fecha de cierre de la recopilación de fuentes. Los procesos políticos y militares en curso al cierre de la investigación, especialmente la situación iraní, marcada por la escalada bélica con Estados Unidos e Israel, la muerte del Líder Supremo Jameneí y la formación de la Coalición de Fuerzas Políticas del Kurdistán Iraní (Barkey, 2026; Bodette, 2026), permanecen abiertos y sus desenlaces no pueden establecerse con certeza. Los hallazgos del trabajo se limitan, en consecuencia, a aquellos procesos documentables

empíricamente hasta esa fecha; la prospección de los escenarios aún en desarrollo se reserva para la sección final de conclusiones.

4. Marco teórico

Seton-Watson afirma que no existe una definición científica universal de la nación. “*Thus, I am driven to the conclusion that no ‘scientific definition’ of the nation can be devised; yet the phenomenon has existed and exists.*” (Seton-Watson, 1997: 5). Por tanto, la nación es un fenómeno histórico y político, pero no puede reducirse a una lista de criterios objetivos fijos, ya que cualquier definición estricta deja fuera casos. La definición básica es: “Una nación existe cuando un número significativo de personas dentro de una comunidad se consideran a sí mismas como una nación o actúan como si lo fueran.” Es un hecho de conciencia colectiva que no depende necesariamente de una religión común, de una lengua o de un territorio unificado. Esto implica que pueden existir naciones sin Estado y que un Estado puede contener varias naciones porque la nación es una construcción histórica, no una entidad orgánica. Benedict Anderson define la nación como “*una comunidad política imaginada, e imaginada como inherentemente limitada y soberana*” (Anderson, 1983: 6) con cuatro elementos fundamentales: imaginada, ya que es imposible que los miembros conozcan a todos sus compatriotas, pero todos comparten la imagen mental de pertenecer a la misma comunidad. Comunidad porque, aunque existan desigualdades reales, se concibe como una fraternidad horizontal y de igualdad entre sus miembros. Este elemento explica por qué hay personas dispuestas a morir en nombre de la nación. El tercer elemento es su limitación, ya que tiene fronteras finitas y pertenece a un orden en el que existen otras naciones con las que debe relacionarse. Por último, la soberanía, que aspira a ser el último recurso de legitimidad política. Hay otros autores, como Anthony D. Smith, que definen el concepto a partir de un conjunto de requisitos indispensables. No es únicamente un sentimiento subjetivo (como Anderson) ni una exigencia funcional (como Gellner), sino una combinación de elementos culturales, históricos y políticos. Se centra en el hecho de que las naciones tienen sus raíces en comunidades étnicas premodernas. El concepto de *ethnie* lo diferencia de la nación en la que uno está claramente politizado y busca soberanía, y el otro no (Smith, 1986).

El concepto de nación puede definirse desde muchas perspectivas, como la dimensión cultural (Anderson) o el etnosimbolismo (Smith). Eric Hobsbawm sostiene que la nación no es una realidad eterna ni natural, sino un fenómeno histórico reciente. Afirma que el concepto no puede remontarse más allá del siglo XVIII y que es producto de coyunturas históricas concretas (Hobsbawm, 1990). Rechaza las definiciones “objetivas” porque no cree en la existencia de criterios universales que permitan identificar qué colectividad es una nación y, por tanto, no puede definirse por rasgos esenciales, sino por procesos políticos (Hobsbawm, 1990). La definición implícita es que las naciones son “inventadas” en el sentido de que se construyen mediante prácticas políticas y culturales. John Breuilly es escéptico respecto a las definiciones sustantivas de nación, ya que, para él, lo central no es “qué es la nación” (Breuilly, 2013), sino cómo se utiliza la idea en las luchas por el poder estatal. Para él, la nación no es una entidad preexistente; es una categoría movilizadora. Breuilly también define un concepto importante: el nacionalismo. Para él, el nacionalismo es un movimiento político que sostiene que una nación existe y que debería gobernarse por sí misma en un Estado propio. Es decir, él cree que el nacionalismo es inseparable del poder estatal.

Por otro lado, el concepto de nacionalismo, según Anderson y parcialmente compartido por Gellner, es la forma moderna de imaginar la comunidad política; es un fenómeno cultural antes que ideológico, ya que las naciones no son eternas; son productos históricos modernos (Anderson 1983; Gellner 1983). Las comunidades políticas anteriores eran universales en cuanto a religión o dinastías, no nacionales. No hay un único camino hacia una formación nacional y la existencia de una nación no depende del Estado, ya que una comunidad puede imaginarse como una nación aun sin soberanía política, lo que implica que una nación puede existir como una comunidad imaginada, incluso fragmentada o repartida entre varios Estados. Hay que resaltar que, para Gellner, el nacionalismo tiene una dimensión funcional, tanto como respuesta a las exigencias de la modernidad industrial como como creador de naciones (Gellner, 1983: 19-38). En el caso de Seton-Watson, el nacionalismo es el movimiento que busca que la nación y el Estado coincidan. Smith vuelve a alejarse del grupo y define el nacionalismo como un movimiento ideológico que busca lograr y mantener la autonomía, la unidad y la identidad de una población considerada nación (Smith, 1986).

Retomando la definición de Breuilly, el nacionalismo no es un sentimiento primario; es una política orientada al Estado. La distinción entre nación y Estado resulta relevante. La nación podría ser concebida como una construcción cultural e imaginaria (Anderson) o como una comunidad de conciencia e identidad (Watson), y el Estado como una estructura político-institucional. Watson afirma que la nación es un hecho subjetivo, mientras que el Estado es un hecho institucional (Seton-Watson, 1977). Por tanto, se puede afirmar que la nación es una comunidad basada en una identidad compartida, imaginada y simbólica, culturalmente homogénea en la modernidad y con raíces históricas, mientras que un Estado es una organización política e institucional, con un gobierno y una estructura tanto administrativa como jurídica, independiente de la existencia de una nación específica (Breuilly, 2013). Es decir, la nación explica la identidad colectiva y el Estado, las posibilidades políticas reales. Esta distinción permite analizar a los kurdos como una nación a nivel identitario, pero su capacidad de lograr autonomía depende de factores estatales e institucionales.

A continuación, se analiza el concepto de autonomía. En primer lugar, resulta pertinente hablar de la regulación de los conflictos étnicos. Los autores John McGarry y Brendan O'Leary los definen como un conjunto de estrategias institucionales que el Estado utiliza para intentar contener o resolver tensiones entre comunidades nacionales o étnicas (McGarry & O'Leary, 1993). Las democracias liberales modernas son multiculturales y esa diversidad requiere un tratamiento político específico (Kymlicka, 2025). Hay distintos tipos de diversidad: minorías nacionales y grupos étnicos inmigrantes. Los primeros son comunidades históricas que previamente formaban sociedades completas y que fueron incorporadas involuntariamente a un Estado mayor. Los segundos se trasladaron voluntariamente y aspiran a una integración con reconocimiento cultural. Por tanto, requieren soluciones distintas, ya que los derechos asociados a cada uno de estos grupos de población son diferentes. No se trata de eliminar la diversidad (aunque existen estrategias de eliminación de las diferencias que pueden incluir la asimilación forzada, la expulsión o la limpieza étnica, o el genocidio). Sin embargo, suelen ser moralmente inaceptables y, por tanto, se aplican estrategias de gestión o de acomodación de la diferencia, como el control hegemónico, el consocialismo, el federalismo y la autonomía territorial (McGarry & O'Leary, 1993). Si definimos la autonomía como un arreglo institucional en el que una parte del Estado obtiene competencias propias de autogobierno, particularmente en materias culturales,

lingüísticas y administrativas, podríamos compararla con otros modelos para identificar sus diferencias.

Yash Ghai, aborda el problema de la autonomía desde un marco jurídico, constitucional y comparativo, a diferencia de Kymlicka (normativo) o McGarry & O'Leary (institucional). Ghai se centra en la autonomía como un diseño constitucional concreto (Ghai, 2000). Los elementos esenciales incluyen el reconocimiento de la identidad de una comunidad específica dentro de un Estado existente. Tiene cuatro rasgos constitutivos: instituciones propias, competencias definidas, garantías jurídicas y reconocimiento. Ghai aporta una precisión conceptual del término "autonomía". También profundiza en las condiciones para su viabilidad, entre ellas la voluntad política del Estado, los recursos económicos suficientes, una delimitación territorial clara o un mecanismo de resolución de conflictos. Por último, subraya que la autonomía solo puede darse cuando el Estado mantiene cierta capacidad institucional para transferir competencias y hacerlas respetar. Por tanto, la autonomía requiere un Estado capaz de sostenerla y, en contextos de colapso estatal, puede surgir de facto, pero su consolidación dependerá de la integridad institucional.

Sin embargo, hay un término, quizás el más preciso, para describir lo que los kurdos han alcanzado en Irak o en Siria que merece la pena definir. La noción de "Estado de Facto" (Pegg, 1998: 1). La definición básica de este término nos habla de entidades que controlan territorio, población, recursos y estructuras de gobierno de manera efectiva, pero que no gozan de reconocimiento internacional ni de naturaleza jurídica (p. ej., de ahí que se utilice el término de facto, en lugar de hablar de un Estado de iure).

Una vez adquirida la condición de Estado soberano, se ha vuelto casi imposible de perder. Los estados débiles o pequeños, en otra época, habrían sido absorbidos por uno más fuerte, pero ahora cuentan con una garantía en el ámbito internacional. Robert Jackson dice que "*una vez que la soberanía se adquiere en virtud de la independencia del dominio colonial, los conflictos civiles extensos, el colapso del orden, la parálisis gubernamental u otros fracasos no constituyen motivos suficientes para invalidarla*" (Jackson, 1987: 531). El resultado es un sistema internacional caracterizado por lo que Robert denomina "cuasiestados". Estados reconocidos internacionalmente como iguales jurídicos plenos, con los mismos derechos y privilegios que cualquier otro Estado, pero que no funcionan como entidades gubernamentales viables. La misma lógica normativa

que sostiene a todos estos cuasiestados niega la legitimidad a cualquier aspirante que pretenda desafiar ese orden, independientemente de cuán legítimas sean sus reivindicaciones. Por tanto, surge en cierto modo el inverso del cuasiestado: el estado de facto (Pegg, 1998).

Según Rotberg, los Estados-nación fallan cuando dejan de cumplir su función primordial: proveer bienes políticos esenciales a sus ciudadanos. Estos bienes tienen un orden jerárquico en el que la seguridad ocupa el primer puesto y, si no se garantiza, los demás se vuelven irrelevantes (Rotberg, 2004: 1). Por tanto, el fracaso no proviene únicamente de una inestabilidad o de una pobreza extrema, sino de la pérdida de la capacidad efectiva para gobernar un territorio. Es decir, su elemento decisivo es la incapacidad para garantizar el control territorial, un monopolio legítimo de la violencia, la prestación de servicios básicos y la legitimidad política.

Existen varias categorías para clasificar un Estado. La primera es un Estado fuerte, que se caracteriza por su capacidad de ofrecer bienes políticos, controlar el territorio y obtener legitimidad por su cumplimiento. Joel Migdal profundiza al afirmar que un Estado no es fuerte solo por su aparato coercitivo, sino cuando puede penetrar en la sociedad, regular las relaciones sociales, extraer recursos naturales e implementar decisiones de manera efectiva (Migdal, 1988). Por otro lado, está el Estado débil, que opera de manera parcial; es capaz de proporcionar seguridad, pero cuenta con una infraestructura frágil. Un estado débil compite con actores sociales por la autoridad; no es íntegramente legítimo. El tercero es un Estado fallido, donde se produce una pérdida de control y surge una violencia generalizada. Esto suele ocurrir porque el monopolio de la violencia ya no pertenece al gobierno y surgen actores no estatales para reemplazar al Estado. Por tanto, el fracaso estatal está ligado a la violencia interna, es decir, guerras civiles, conflictos internos prolongados y fragmentación territorial. No es solo una mala gestión por parte del Estado; es la incapacidad para poner orden. Por último, está el colapso estatal, que consiste en la desaparición casi total de la autoridad central (Rotberg, 2004). En contextos de alta capacidad estatal, las aspiraciones de las minorías nacionales tienden a ser contenidas, pero en casos de colapso estatal, surgen oportunidades para actores subestatales. Por tanto, se podría decir que la autonomía kurda no depende principalmente de la identidad, la cultura o el apoyo externo, sino de la condición de que el Estado esté suficientemente débil para impedirlo (Rotberg, 2004; Tilly, 1985).

Los estados modernos, según Charles Tilly, se construyen mediante la guerra, que fortalece burocracias y monopolios de la violencia, pero si el estado pierde la guerra interna, se deshace. Es decir, los estados no nacen como instituciones, sino como organizaciones que logran monopolizar la violencia para sobrevivir ante amenazas internas y externas. La guerra obliga a los gobernantes a crear ejércitos permanentes, recaudar impuestos, construir burocracias y centralizar el poder. El mecanismo de consolidación estatal que describe Tilly tiene cuatro funciones básicas. La primera es hacer la guerra (war making) contra enemigos externos: la capacidad de imponerse militarmente. La segunda es la construcción del Estado (state making), basada en la eliminación de enemigos internos. Cuando esta falla, el Estado pierde integridad institucional y se abre espacio a las autonomías de las minorías políticas. La tercera, la protección: simplemente proteger a la población y al territorio, y garantizar la seguridad. Esta protección se concede a cambio de la obediencia y de la recaudación estatal. Por último, está la extracción de recursos, proceso mediante el cual el Estado se financia para cumplir sus obligaciones. Todo esto constituye lo que llamamos capacidad estatal (Tilly, 1985). Pero existe una cara inversa: si la guerra y el control producen estados fuertes, la pérdida de la guerra interna produce estados débiles (Tilly, 1985).

5. La cuestión kurda en perspectiva histórica comparada

5.1 Introducción Comparativa

Este capítulo tiene una función concreta en la investigación: demostrar que el punto de partida del pueblo kurdo es comparable en los cuatro Estados: Siria, Irak, Irán y Turquía, y que, por tanto, las diferencias en los resultados no dependen de diferencias culturales o identitarias, sino de factores estructurales posteriores. Se busca así establecer el terreno comparativo para analizar luego los resultados políticos divergentes.

La historiografía documenta el contexto común para establecer un punto de partida comparable (McDowall, 2004). La idea principal es que el problema kurdo proviene de la formación de Estados-nación modernos que incorporan a los kurdos sin reconocerlos como nación. Si se contempla la idea de nación como una comunidad basada en una identidad compartida, imaginada y simbólica, culturalmente homogénea en la modernidad y con raíces históricas, y los kurdos constituyen un pueblo con identidad propia, una lengua común, cultura y territorio histórico compartidos, no es discutible si

son o no una nación, y se puede asumir que existe una identidad kurda anterior a los Estados actuales.

Es importante analizar la fragmentación política existente. La nación kurda quedó dividida en cuatro territorios; los kurdos pasaron de formar parte de imperios a ser integrados en Estados-nación modernos. Durante los imperios otomano y persa, antes del siglo XX, los kurdos vivían con cierta autonomía local, sin un Estado propio, pero con identidades tribales y regionales. Con la derrota del Imperio otomano tras la Primera Guerra Mundial, vinieron una ruptura territorial y dos tratados cruciales. El Tratado de Sèvres, en el que por primera vez se contempló la posibilidad de un Kurdistán autónomo o independiente, lo que evidenció una expectativa inicial de autogobierno, y luego el Tratado de Lausana de 1923, que deshace el anterior y consolida las fronteras de Siria, Irak, Irán y Turquía (McDowall, 2004). Por tanto, se crearon cuatro estados que no solo adoptaron proyectos similares de construcción nacional, sino que también compartían el mismo problema. Surgieron estados centralizados con ideas nacionalistas (turcas, persas y árabes) que no reconocían la identidad kurda. Los kurdos entraron en el siglo XX como una minoría en estados que buscaban la homogeneidad y la negación estructural de su identidad. Algunos elementos comunes o tendencias generales fueron la restricción o la prohibición del idioma, las políticas de asimilación y la represión de movimientos políticos. Michael M. Gunter sostiene que el pueblo kurdo constituye la nación sin Estado más grande de Oriente Medio y refuerza la idea de un problema común y transnacional, y no de cuatro problemas aislados (Gunter, 2011: 1-4). Pone énfasis en que los kurdos se enfrentan a cuatro contextos estatales distintos, pero que las demandas kurdas son esencialmente similares entre sí (Gunter, 2011). Por tanto, existe un único nacionalismo kurdo. También sugiere que los resultados de éxito o fracaso dependen de las oportunidades políticas, de las coyunturas de guerra y de la debilidad o fortaleza de los Estados, lo cual constituye el planteamiento conceptual en el marco teórico.

La relación entre la identidad kurda y las estructuras estatales constituye otro eje fundamental del análisis. Denise Natali plantea que la cuestión kurda no puede entenderse únicamente como un problema de identidad sino como un problema de dinámicas de poder entre comunidades (Natali, 2005). Existe un único pueblo kurdo, pero con condiciones políticas e institucionales diferentes en cada Estado. Introduce el concepto de cuasi-Estado, anclado en Irak. Lo define como entidades políticas con soberanía

interna, pero no externa, que buscan autonomía o independencia. Esto demuestra que los kurdos han logrado niveles desiguales de autogobierno según el país. Natali explica que el origen de los cuasiestados suele estar relacionado con un Estado débil o con un proceso de colapso estatal, lo que permitiría explicar por qué la autonomía kurda en Irak emerge tras el debilitamiento de la autoridad estatal.

5.2 Formación de los Estados y fragmentación del Kurdistán

Esta sección propone responder a tres preguntas esenciales para la investigación: cómo se construyó cada Estado tras la caída del Imperio otomano, qué tipo de nacionalismo adoptó cada uno y qué lugar quedó reservado a los kurdos en ese proyecto nacional.

La derrota del Imperio otomano generó un vacío de poder. Zürcher subraya que el movimiento nacional turco no se construyó inicialmente sobre una identidad étnica turca, sino sobre una amplia movilización contra la ocupación extranjera, liderada por Mustafa Kemal (Zürcher, 2004). En ese momento, la cuestión kurda aún no estaba definida y, con el Tratado de Lausana, en el que se consolidaron las fronteras de la nueva república, se eliminó cualquier disposición relativa a la autonomía kurda, ya que la prioridad del nuevo régimen estaba en la consolidación territorial y política. Por tanto, el proyecto kemalista, centrado en la creación de un Estado unitario, se caracterizaba por su profunda centralización y su orientación a la imitación de modelos europeos. Irán recorre una trayectoria similar, aunque desplazada en el tiempo. Su formación se dividió en dos grandes fases: la centralización bajo Reza Shah (1925-1941) y la reconfiguración bajo Mohammad Reza Shah (1941-1979). En la primera fase, hubo una gran resonancia con el kemalismo en la búsqueda de la centralización, con un énfasis en la consolidación del monopolio de la violencia como prioridad absoluta para Reza Shah (Abrahamian, 2008).

A diferencia de los dos casos anteriores, Irak nació como una construcción británica que, tras el colapso del Imperio otomano, integró tres provincias: Mosul, Bagdad y Basora (Tripp, 2007). La integración de Mosul fue plenamente estratégica, ya que contaba con petróleo e implicó la integración de la población kurda. Por tanto, no fue un producto de la cohesión nacional. El Estado iraquí nunca logró un control pleno en el norte y se mostraba frágil. Dependía del apoyo británico y, con frecuencia, enfrentaba tensiones sectarias y regionales, seguidas de negociaciones.

La cuestión kurda en Siria no puede entenderse, según Jordi Tejel, sin el contexto del mandato francés y de la construcción del nacionalismo árabe sirio (Tejel, 2009). No nace como un proyecto nacional, sino como una creación colonial que dividió el territorio en cuatro secciones. En el noroeste (al-Hasakah), se convirtió en un espacio de asentamiento de kurdos y de desplazados de Turquía. Tras su independencia, Siria experimenta múltiples golpes de Estado, una fuerte inestabilidad institucional y una intensa competencia entre las élites. En 1962, con el censo extraordinario de la provincia de al-Hasakah, a 120.000 kurdos se les quitó la ciudadanía y se crearon dos categorías: extranjeros (ajanib) y no registrados (maktumin), lo que permitió la institucionalización de la exclusión kurda dentro del Estado (Tejel, 2009: 51).

5.3 Negación de la identidad kurda en los cuatro casos

En 1923, Turquía adoptó un proyecto nacional unitario. Van Bruinessen explica que la identidad “turca” busca eliminar cualquier identidad intermedia, ya sea tribal o religiosa (van Bruinessen, 1992). El Estado busca redefinir la población musulmana como turca, incluidos los kurdos. El kemalismo desarrolló un nacionalismo de carácter cívico fuertemente homogeneizador, que reconocía como minorías únicamente a las comunidades no musulmanas. Los kurdos, al ser mayoritariamente musulmanes, no fueron reconocidos como minoría nacional. Se prohibió el uso del término kurdo y se negó oficialmente la existencia de los kurdos como minoría étnica. El objetivo era la integración forzosa y la disolución de una identidad diferenciada. Hubo varias rebeliones y movimientos que combinaron elementos religiosos y étnicos, pero fueron interpretados por el Estado como amenazas a la integridad territorial, y este respondió con políticas de represión severas. Se adoptaron políticas de integración forzosa en las regiones kurdas, de reubicación poblacional, de restricciones lingüísticas y de administración militar especial. Es difícil categorizar estas políticas como “genocidio”, ya que el objetivo del Estado no fue eliminar físicamente al pueblo kurdo como grupo. Su intención principal fue la homogeneización e integración forzadas, ya que el Estado consideraba la diversidad un obstáculo para la unidad.

En Irán, bajo Reza Shah, se creó un nacionalismo iraní pahlavi, caracterizado por su persianismo, centralización y secularización. El Estado promovió el idioma persa como lengua nacional, una identidad homogénea y el debilitamiento de las autonomías regionales. En las regiones kurdas hubo un desarme tribal, la sustitución de las

autonomías locales y la imposición administrativa desde Teherán (Vali, 20011). No hay una negación tan explícita como en Turquía, pero sí una ausencia total de reconocimiento político de la autonomía kurda y un rechazo de su existencia. Es decir, en ambos Estados se busca una homogeneización mediante una estructura centralizadora que no reconoce la autonomía regional étnica.

En Irak, Charles Tripp describe el nacionalismo iraquí inicialmente como árabe-hachemita, luego como panarabista y, por último, como baazista (Tripp, 2007). A diferencia de Turquía e Irán, sí hubo momentos de reconocimiento parcial, pero nunca se institucionalizaron. Durante el Baaz, el Estado implementó políticas de arabización, desplazamientos forzados y destrucción de aldeas. En Siria, también hubo un nacionalismo baazista que defendía la unidad árabe, el socialismo árabe y la centralización, lo que no dejaba espacio para el reconocimiento de las minorías nacionales no árabes y promovía el asentamiento árabe en zonas kurdas. La consolidación bajo Hafez al-Assad se caracterizó por ser autoritaria, centralizada y dominada por las redes militares y de seguridad (Dam, 2011). Territorialmente, a diferencia de Irak, era bastante estable hasta 2011, cuando estalló la guerra civil, en la que se perdió el control efectivo de muchas regiones y se produjo una retirada del ejército en el noroeste del país, lo que permitió la emergencia de la administración kurda (Rojava).

5.4 Rebeliones kurdas del siglo XX

En Turquía, Van Bruinessen insiste en que las primeras rebeliones kurdas se caracterizaron por movimientos liderados por élites religiosas o tribales con una resistencia al Estado central (van Bruinessen, 1992). Robert Olson insiste en que el nacionalismo kurdo no surge repentinamente y que tiene sus raíces a finales del siglo XIX. Desafía el punto de vista de que la rebelión de Sheikh Said fue solo una reacción religiosa y sostiene que constituyó un punto de transición entre la resistencia nacional y el nacionalismo kurdo moderno, con una dimensión étnica clara (Olson, 1989). Los objetivos del levantamiento, aunque sus discursos se centraban en la religión, también tenían un trasfondo político y territorial, así como la intención de alcanzar la autonomía. El Estado reaccionó con rapidez y, tras la derrota, además de ejecutar a masas de personas, amplió sus poderes. Sin embargo, esta rebelión de 1925 marca el momento en que el Estado turco define la cuestión kurda como una amenaza permanente. La rebelión de Ararat de 1927 fue muy distinta, pues su objetivo era internacionalizar la causa kurda.

Hubo una declaración simbólica de independencia, una estructura militar organizada y hasta el uso de símbolos nacionalistas, pero su inferioridad militar frente a los turcos acabó por silenciar la cuestión en 1930. Por último, cabe mencionar Dersim en 1937, una región con autonomía de facto y una estructura tribal fuerte (McDowall, 2004). No fue un levantamiento organizado sino más bien un conflicto entre el Estado central moderno y el orden tribal autónomo. La evolución del nacionalismo kurdo en Turquía puede resumirse en tres etapas: en 1925, cuando se mezcla religión e identidad étnica; en 1927-1930, un nacionalismo más articulado; y en 1937-1938, una resistencia local tribal. Sin embargo, todavía no han logrado un movimiento nacional kurdo unificado ni una organización militar sostenida a largo plazo.

En el caso de Irán, un aspecto particularmente interesante es que durante la Segunda Guerra Mundial fue ocupado por fuerzas soviéticas y británicas, lo que permitió la creación de la República de Mahabad en 1946 (Abrahamian, 2008). Esto fue esencialmente un experimento político kurdo, con apoyo soviético, que contó con una administración propia, milicias y el uso del kurdo en las instituciones. Abbas Vali lo describe como la primera experiencia moderna de nacionalismo kurdo institucionalizado. Sostiene que no fue un simple producto soviético, pero cuando estos se retiraron, y el Estado iraní recuperó el control, se restauró la autoridad central rápidamente (Vali, 2011). Esto es un ejemplo que demuestra que, ante un debilitamiento o colapso estatal, las minorías étnicas pueden aprovechar el vacío de poder para reclamar autonomía. Ervand Abrahamian afirma que Mahabad no fue el resultado de un reconocimiento estructural de autonomía, sino un fenómeno ligado a un contexto geopolítico excepcional. Con la revolución islámica de 1979, hubo levantamientos kurdos y demandas de autonomía, pero estas fueron rechazadas. Ambos casos muestran una alta capacidad de reconstrucción estatal. Estos dos fracasos pueden entenderse desde un punto de vista teórico según el cual, cuando un Estado se debilita, surge la experiencia de autonomía, pero en cuanto se reconstruye, la autonomía desaparece con la misma rapidez, ya que nunca fue reconocida ni institucionalizada.

En Irak, Ofra Bengio analiza el movimiento kurdo como el más organizado y persistente, con un liderazgo consolidado y una estructura política sostenida a lo largo del tiempo (Bengio, 2012). Durante el periodo monárquico hachemita hubo varios levantamientos kurdos, pero no fue hasta el periodo republicano, en 1958, cuando Abd

al-Karim Qasim reconoció en la constitución provisional que “*los árabes y los kurdos son socios en la patria*”. La paz se acabó pronto y resurgieron tensiones que dieron paso a una guerra prolongada. En 1970, se firma un acuerdo de autonomía que otorga un reconocimiento formal de los derechos culturales y una promesa de autogobierno regional, pero con una implementación deficiente. Sin embargo, es la primera vez en la región que un Estado reconoce formalmente la autonomía kurda. Esto no dura mucho, ya que el acuerdo se rompe en 1974 por un desacuerdo territorial y el movimiento colapsa temporalmente. Con Saddam Hussein, se intensifican las políticas represivas, con campañas de arabización, destrucción de aldeas y la campaña de Anfal (HRW, 1994). El punto de inflexión es en 1991, tras la guerra del Golfo, cuando se produce la retirada del ejército iraquí y el Estado pierde el control efectivo del territorio kurdo, lo que permite la creación de instituciones kurdas propias, elecciones regionales, una administración autónoma de facto y un ejército propio (peshmerga). La autonomía fue posible porque se dio una serie de condiciones específicas: un estado frágil, atravesado por guerras e incapaz de integrar plenamente todos sus territorios.

En Siria, hay dos grandes levantamientos: Qamishli en 2004, que Jordi Tejel describe como una revuelta espontánea con dimensión identitaria y una represión estatal eficaz, y en 2011, en el que surge la oportunidad de una retirada estatal, no de una victoria kurda previa (Tejel, 2009: 108).

El recorrido comparativo que acaba de desarrollarse confirma que tanto las aspiraciones kurdas como la respuesta estatal inicial presentan un grado notable de convergencia en los cuatro casos. La variable empírica que explica la divergencia de resultados es la capacidad del Estado para mantener el control efectivo de su territorio: allí donde la integridad institucional ha permanecido inalterada, Turquía e Irán, ningún proyecto kurdo de autonomía ha logrado consolidarse; allí donde esa integridad se ha visto fracturada por guerras o conflictos internos, Irak y Siria, se ha abierto una ventana de oportunidad que ha permitido la emergencia de estructuras protoestatales.

Teniendo en cuenta que las aspiraciones son similares y que la reacción estatal inicial en los cuatro casos también lo es, ¿por qué hay resultados distintos? Por la integridad institucional del Estado.

6. Irak: colapso estatal y emergencia de autonomía (Erbil)

6.1 Irak hasta 1991

Tripp (2007) describe Irak como la unión, bajo mandato británico, de tres provincias otomanas, Bagdad, Basora y Mosul, sin una identidad política común. Mosul, con una fuerte presencia kurda en sus zonas montañosas, fue reclamada por Turquía y no se incorporó hasta el Tratado de Ankara de 1926 (McDowall, 2004: 361), por decisión internacional antes que por consolidación interna. El nuevo Estado combinaba estructuras administrativas británicas, élites suníes urbanas y redes tribales, sin una integración territorial consolidada.

A diferencia de Turquía e Irán, plenamente soberanos tras la guerra, Irak estaba condicionado por la política británica, lo que permitió cierta ambigüedad institucional y la existencia de precedentes como la Local Languages Law (Bengio, 2012: 16), que reconocía el uso del kurdo en ciertos ámbitos administrativos.

Irak se independiza en 1932 y los gobiernos sucesivos, aunque débiles, no institucionalizan ninguna autonomía real. Bengio (2012: 11) estima que los kurdos representaban entre el 15,9% y el 28% de la población iraquí, con un peso demográfico relevante y concentrado en el norte del país.

Entre 1961 y 1975, el Estado iraquí enfrentó un desafío armado prolongado. Mulla Mustafa Barzani inició la rebelión ante la falta de implementación real de los derechos reconocidos tras la revolución de 1958; el gobierno de Abd al-Karim Qasim había declarado que "los árabes y los kurdos son socios en la patria" sin traducirlo en descentralización (McDowall, 2012: 302). El movimiento buscaba autonomía regional, no secesión; Irán aportó apoyo indirecto, lo que le dio al conflicto una dimensión transfronteriza. Aun así, el Estado nunca perdió el control total del norte. Siguió un periodo de negociaciones inestables entre 1963 y 1970, con golpes de Estado en Bagdad y un patrón recurrente: concesiones cuando el régimen era débil, fuerza cuando se consolidaba.

El acuerdo de autonomía de 1970, firmado entre el régimen baazista y Barzani, reconocía la identidad nacional kurda, el kurdo como lengua oficial regional y la promesa de autogobierno en un plazo de cuatro años. Pero contenía ambigüedades críticas, sobre

todo respecto de las fronteras exactas de la región y del estatus de Kirkuk, ciudad con petróleo y composición demográfica mixta. Anderson y Stansfield (2009: 2) plantean que Kirkuk constituye el núcleo del conflicto estructural entre el Estado iraquí y el proyecto kurdo: para los kurdos, es "*the city they never held*" tras tres décadas de conflicto con Bagdad; para árabes y turcomanos, un símbolo de la unidad iraquí asentado sobre uno de los mayores campos petrolíferos del país.

Bajo el Baaz, Irak era un Estado fuertemente centralizado, con el poder concentrado en Bagdad y las provincias sin autonomía efectiva. Esta lógica se reflejaba en el tratamiento de Kirkuk y las regiones kurdas mediante decretos que alteraban las jurisdicciones provinciales, el llamado "*gerrymandering étnico-político*" (Anderson & Stansfield, 2009: 27). El decreto republicano 608 de 1975, por ejemplo, separó distritos kurdos y los reasignó a Sulaymaniya. El Estado ejercía así no solo un control coercitivo, sino también un control territorial y administrativo como instrumento político.

Anderson insiste, además, en que la cuestión de Kirkuk no es solo étnica sino energética: el petróleo convierte a Kirkuk en un centro estratégico inseparable de la soberanía iraquí. Esta lectura conecta la cuestión kurda con el modelo rentista del Estado iraquí, definido por Beblawi como un Estado en el que las rentas externas predominan sobre la actividad productiva y el gobierno central es su principal receptor (Beblawi, 1987). La dependencia del petróleo modela la relación Estado-sociedad y permite financiar el aparato militar sin necesidad de negociación política, sosteniendo campañas prolongadas de represión o de arabización. Esto explica por qué, antes de 1991, el Estado podía financiar guerras y desplazar poblaciones a su voluntad. El régimen retrasó deliberadamente el censo previsto y, cuando el plazo de cuatro años se acercó a su fin, promulgó unilateralmente la ley de autonomía de 1974, que no cumplía las expectativas kurdas, redefinía las fronteras para excluir zonas estratégicas y reducía el alcance del autogobierno. Barzani rechazó la ley y se reanudó la guerra, con un punto de inflexión en 1975, cuando se firmó el acuerdo de Argel entre Irán e Irak para resolver la cuestión del Shatt-al-Arab (McDowall, 2004: 261). Esta disputa fronteriza hace que Irán retire su apoyo logístico y militar a los kurdos y el movimiento colapsa.

El régimen retrasó deliberadamente el censo previsto y, al vencer el plazo, promulgó unilateralmente la ley de autonomía de 1974, que redefinía las fronteras para excluir zonas estratégicas y reducir el autogobierno. Barzani rechazó la ley y la guerra se

reanudó. El punto de inflexión fue el acuerdo de Argel de 1975 entre Irán e Irak sobre el Shatt-al-Arab (McDowall, 2004: 261), tras lo cual Teherán retiró su apoyo y el movimiento colapsó.

A partir de entonces, comenzó una fase sistemática de arabización vinculada al petróleo. Anderson y Stansfield (2009) sostienen que "*arabizar*" debería entenderse como sinónimo de Kirkuk, tal es la escala de la ingeniería social desplegada desde los años setenta. La campaña de Anfal (1987-1988) fue una operación militar centralizada, con la destrucción de aldeas, desapariciones masivas y el uso de armas químicas: no solo brutalidad, sino también la demostración de una capacidad estatal de penetración territorial total, el "*Estado feroz*" de capacidad coercitiva extrema, pero con institucionalidad limitada, cuyo poder proviene del control de recursos antes que del apoyo social o de la actividad productiva (Ayubi, 1995).

Hasta 1991, la relación entre el Estado iraquí y el movimiento kurdo se repitió con el mismo guion: rebeliones, concesiones coyunturales, como el acuerdo de 1970, y la posterior recuperación del control territorial. Lo que impidió, hasta entonces, una autonomía irreversible fue la capacidad del Estado para reconstruir su autoridad tras cada crisis. La guerra del Golfo rompe por primera vez con esa lógica.

6.2 Guerra del Golfo y ruptura de soberanía

La magnitud de la derrota, según Robert Olson, es de aproximadamente 200.000 bajas iraquíes junto con una destrucción significativa del aparato militar y la pérdida de gran parte de su fuerza aérea (Olson, 1996). La derrota no fue simplemente territorial, con el fracaso de la invasión de Kuwait, sino estructural, pues Irak quedó severamente debilitado. Acto seguido, después del alto el fuego, estallan levantamientos en el sur, en comunidades chiíes, y en el norte, una insurrección kurda (McDowall, 2004). El régimen pierde el control de varias ciudades, intenta apagar dos incendios a la vez, pero no colapsa de inmediato y lanza una contraofensiva, recuperando los territorios del sur y avanzando en el norte. La contraofensiva provoca un desplazamiento de centenares de miles de kurdos hacia las montañas y un flujo masivo hacia Turquía e Irán (McDowall, 2004). Carole O'Leary describe el levantamiento de marzo de 1991 como parte del colapso general tras la derrota en Kuwait (O'Leary, 2008). Las fuerzas kurdas toman múltiples ciudades y el régimen responde con una operación militar, lo que provoca un

desplazamiento masivo que se convierte en una crisis humanitaria. Esta crisis tuvo una repercusión internacional inmediata y dio paso al factor decisivo: la resolución 688 y la zona de exclusión aprobadas por el Consejo de Seguridad. Se establece una zona protegida al norte del paralelo 36 donde se prohíbe la entrada de vuelos iraquíes y las fuerzas internacionales crean un “*safe haven*” (UN. Security Council (46th year: 1991), 5). Lo crucial de esta intervención es la introducción de una presencia militar extranjera permanente y la “creación de un Estado kurdo de facto” (Gunter, 1993: 295), ya que limita la capacidad coercitiva del régimen y permite la reorganización política kurda. No se habla de una independencia formal, sino de una separación territorial, con administración propia y una limitación real de la soberanía iraquí. Michael M. Gunter profundiza en el éxodo masivo y la intervención internacional, señalando que fueron elementos decisivos, pues impulsaron al régimen iraquí a retirarse administrativamente del norte. Ya no es simplemente una derrota militar, sino una retirada institucional, cuando Bagdad retira a funcionarios, corta salarios y suspende servicios. Este vacío administrativo es el que los kurdos rellenan. Con ese espacio organizan estructuras propias y establecen mecanismos de gobierno regional. El proceso culmina en 1992 con las elecciones parlamentarias kurdas.

Al examinar los elementos que constituyen un Estado de facto, se observa que existe un territorio definido (norte del paralelo 36) con una población permanente, gobierno propio, fuerzas de seguridad propias (*peshmerga*), una administración fiscal independiente y una relación con el exterior, aunque limitada (Pegg, 1998). Sin embargo, no cuenta con reconocimiento internacional formal y sigue siendo legalmente parte de Irak. Hay varias limitaciones estructurales. Con la formación del Kurdistán Regional Government (KRG), se reparte el poder entre los partidos rivales, The Kurdish Democratic Party (KDP) y Patriotic Union of Kurdistan (PUK), bajo aislamiento internacional y dependencia económica.

La capacidad del régimen de Saddam Hussein, después de 1991, sobrevive políticamente, pero no consigue restablecer el control en el norte y no puede ejercer represión sin correr el riesgo de un enfrentamiento internacional. Por primera vez desde 1920, el principio de integridad territorial queda parcialmente limitado, ya que el Estado no tiene la posibilidad de restablecer el control y se abre la posibilidad real de un autogobierno sostenido en el norte (Tripp, 2007).

6.3 Construcción institucional del Kurdistán iraquí (1992-2003)

Examinada la ruptura de la soberanía efectiva, el análisis se desplaza hacia los mecanismos de construcción institucional de dicha autonomía: la articulación del gobierno regional, la escisión entre el KDP y el PUK, la economía bajo sanciones internacionales, caracterizada por una marcada dependencia externa, y los límites estructurales del proyecto.

En 1992 se realizaron las elecciones fundacionales, en las que MacQueen destacó la creación de la Kurdistan National Assembly, la victoria mínima del KDP sobre el PUK y la división geográfica entre el norte (KDP) y el sur (PUK). Las instituciones nacen antes del reconocimiento formal del Kurdistan Regional Government (KRG), pero no como una democracia liberal ideal, sino como mecanismos de gestión de la rivalidad intrakurda, del reparto de poder entre las élites y de la consolidación territorial.

La formalización constitucional entre 2003 y 2005, tras la invasión, coincide con la consolidación de ambos partidos y con su participación en la redacción constitucional, en la que codifican la autonomía en la Ley Administrativa Transitoria y en la Constitución iraquí (MacQueen, 2015). La constitución fue vista como una victoria kurda ya que preservaba los poderes autónomos acumulados desde 1991 y limitaba el poder del Estado central. En este momento se produce la institucionalización formal; no es independencia, sino la constitucionalización del “Estado de facto”. Concretamente, tienen el control del territorio, pero no el reconocimiento internacional. La democratización no surge de la imitación normativa occidental, sino que se presenta como un instrumento que permite a las élites kurdas consolidar la autoridad, negociar con Bagdad y proteger el 17% del presupuesto nacional que recibe (Natali, 2014). Este último punto fue criticado por el primer ministro Maliki, ya que lo consideraba desproporcional en términos de población y excedía la cantidad que el KRG podría producir.

MacQueen utiliza un marco teórico en el que plantea un contraste entre dinámicas de políticas excluyentes y de políticas incluyentes en los Estados de facto y critica las explicaciones basadas en previsiones normativas externas (MacQueen, 2015). Los Estados que utilizan políticas excluyentes suelen tener una participación institucional débil y un poder ejecutivo fuerte, controlado por élites militares, con una retórica que marginaliza a las minorías étnicas y no se preocupa demasiado por rendir cuentas

internamente ni a nivel internacional. Las políticas incluyentes, en cambio, se centran en el Estado de facto como un nuevo agente internacional, en el que su escaso reconocimiento internacional lo presiona a crear instituciones y democratizarse rápidamente para acceder a la comunidad internacional. Esto puede vincularse con el concepto de state-making (Tilly, 1985). Charles argumenta que los Estados modernos europeos emergen como “*quintessential protection rackets with the advantage of legitimacy*” (McQueen, 2015). Específicamente, por un control organizado de la violencia y por la posibilidad de obtener recursos. Esta lógica se puede aplicar al KRG y argumentar que desarrolla su autoridad mediante la apropiación del poder, impulsada por el conflicto, y la rápida institucionalización de las estructuras que de él surgen. No es un proceso administrativo benigno; está arraigada en las mismas dinámicas de construcción estatal vinculadas a la guerra que describe Tilly, pero trasladadas a un contexto contemporáneo y no europeo. Esto ayuda a explicar por qué las instituciones democráticas, una vez incorporadas mediante ese proceso de construcción estatal impulsado por el conflicto, resultan difíciles de dismantelar.

A nivel internacional, el KRG construye su legitimidad estableciendo 14 oficinas de representación en el extranjero y relacionándose con potencias regionales, especialmente con Turquía. Se presenta como un cuasi-Estado dotado de un “sistema político participativo funcional”, un estatus que incentiva el mantenimiento de instituciones democráticas visibles (por ejemplo, elecciones periódicas) para sostener su imagen internacional.

6.4 Límites de la autonomía: fragilidad estructural del proyecto Kurdo

La emergencia del KRG tras 1991 representó un hito histórico para el movimiento kurdo, pero su consolidación estuvo atravesada por contradicciones estructurales que revelan que el éxito iraquí fue, ante todo, un éxito condicionado por la debilidad del Estado central, no una demostración de la solidez del proyecto kurdo en sí mismo.

El primer límite fue interno. Tras las elecciones fundacionales de 1992, el KRG se fracturó. En mayo de 1994 estalló una guerra civil entre el KDP de Barzani y el PUK de Talabani, motivada fundamentalmente por el control de las rutas de contrabando de petróleo hacia Turquía y el reparto de ingresos aduaneros, no por diferencias ideológicas (Gunter, 1996). El conflicto tuvo una dimensión regional inmediata: el PUK recibió

apoyo iraní mientras que el KDP se alió puntualmente con el régimen de Saddam Hussein, que había empleado armas químicas contra los kurdos en Anfal. Esta paradoja demuestra precisamente el argumento central del trabajo: la autonomía kurda no descansaba en una institucionalidad kurda robusta, sino en el equilibrio precario generado por el vacío de poder del Estado iraquí. Cuando ese vacío se convirtió en un recurso disputado internamente, las mismas instituciones que habían surgido del colapso estatal amenazaron con desintegrarse. El conflicto se prolongó hasta 1998, cuando el Acuerdo de Washington, puso un fin formal a las hostilidades, aunque sus consecuencias, dos administraciones paralelas en Erbil y Sulaymaniya, persistieron hasta 2006 (Stansfield, 2003).

El segundo límite fue económico. Durante el período de sanciones internacionales contra Irak, el KRG operó bajo una doble presión: el embargo de las Naciones Unidas a Irak y el bloqueo económico interno impuesto por Bagdad. Esta situación generó una dependencia estructural de ingresos externos, primero del contrabando y, posteriormente, del Programa de Petróleo por Alimentos de la ONU, que aportó recursos a la región del norte, pero no se construyó una base económica autónoma. Natali (2010) analiza cómo esta dependencia condicionó la capacidad del KRG para desarrollar instituciones independientes del ciclo de rentas externas, reproduciendo, a menor escala, el mismo modelo rentista que caracterizaba al Estado iraquí del que pretendía diferenciarse.

El tercer límite fue territorial. A pesar de la constitucionalización de la autonomía en 2005, el estatus de Kirkuk quedó deliberadamente sin resolver. La constitución iraquí estableció un mecanismo de referéndum para determinar la pertenencia de los territorios disputados, pero este nunca se celebró. Anderson y Stansfield (2009) subrayan que Kirkuk no es solo una cuestión étnica, sino también energética, y que mientras su estatus permanezca abierto, la frontera entre el KRG y el Estado iraquí seguirá siendo estructuralmente inestable.

Estos tres límites no invalidan el éxito kurdo en Irak, pero sí permiten precisar su naturaleza. La autonomía de Erbil no fue el resultado de una institucionalización autónoma y sólida, sino de la incapacidad del Estado iraquí para restaurar su soberanía efectiva en el norte tras 1991. Esta distinción es analíticamente decisiva para el análisis comparado que sigue: cuando se examinen los casos de Siria, Turquía e Irán, la variable

explicativa no será la fortaleza del movimiento kurdo, sino el grado de integridad institucional del Estado al que se enfrenta.

7. Siria: guerra civil y emergencia de Rojava

7.1 El Estado sirio y los kurdos antes de 2011

Lo que interesa en este capítulo es analizar los mecanismos concretos mediante los cuales el Estado sirio gestionó la cuestión kurda antes de 2011 y por qué esa gestión no provocó un colapso institucional comparable al de Irak.

Para entender la solidez del Estado sirio pre-2011 hay que partir de su estructura de poder interna. Van Dam demuestra que el aparato civil del Baaz estaba subordinado al militar y no al revés: los civiles carecían de poder real sin el respaldo de los gobernantes militares (Dam, 2011: 129). La base sectaria era muy definida: "*todas las unidades militares, así como la mayoría de los servicios de seguridad que podrían estar en posición de ejecutar un golpe de Estado, están bajo el mando de leales alauitas del mismo trasfondo tribal y regional del presidente*" (Dam, 2011: 124). No era un accidente, sino ingeniería política deliberada: los alauitas estaban sobrerrepresentados en el mando militar y en el Comité Central del Baaz, donde permanecieron durante más de quince años sin celebrarse las elecciones internas previstas (Dam, 2011: 123).

El resultado fue una notable estabilidad en la cúpula. Los principales oficiales alauitas en posiciones clave a principios de los setenta seguían, veinticinco años después, en los mismos puestos (Dam, 2011: 118). La obsesión de Hafiz al-Assad con la lealtad no requirió purgas sustanciales en las fuerzas armadas desde 1970, salvo la expulsión de su hermano Rifat. El descontento popular podía canalizarse a través de vías sectarias porque los factores socioeconómicos coincidían con los regionales y tribales en minorías compactas como la alauita (Dam, 2011: 136).

El punto de inflexión llegó en 1962. El 23 de agosto, Damasco emitió el decreto 93, que autorizaba un censo extraordinario en al-Hasakah. Hasta 120.000 kurdos, aproximadamente el 20% de los kurdos sirios, perdieron su ciudadanía: quienes no figuraban en las listas fueron registrados como *ajanib* (extranjeros), y quienes no participaron en el censo quedaron clasificados como *maktumin* ("no registrados"). La falta de documentación los convirtió, en la práctica, en inexistentes para el Estado, con

derechos a la educación, al empleo, a la propiedad y al matrimonio legal gravemente limitados (Tejel, 2009).

La llegada del Baaz al poder en marzo de 1963 profundizó esta exclusión. Tejel distingue dos fases. La primera, entre 1963 y 1970, se caracteriza por la *"pureza ideológica"*: reformas agrarias que erosionaban la base económica de las élites kurdas, combinadas con la represión directa. En noviembre de 1963, el teniente Muhammad Talab al-Hilal, jefe de los servicios secretos en Hasaka, publicó un informe con doce medidas para eliminar el *"peligro kurdo"*, entre ellas el desplazamiento masivo, la colonización árabe de sus tierras y un *"cinturón árabe del norte"* militarizado. El plan fue adoptado oficialmente por el Baaz en 1965 (Tejel, 2009: 61).

El cinturón árabe se materializó a partir de 1973: una banda de 280 kilómetros a lo largo de la frontera turca, de entre 10 y 15 kilómetros de ancho, con la previsión de deportar a 140.000 kurdos y sustituirlos por familias árabes leales. Tras el llenado del embalse de Tabqa en 1975, unas 4.000 familias árabes fueron asentadas en cuarenta y un asentamientos modelo en el corazón de Jazira, sin compensación a los propietarios desplazados (Tejel, 2009: 62).

La segunda fase, bajo Hafiz al-Assad (1970-2000), fue más pragmática: el régimen combinó coerción y redistribución selectiva para mantener el control sin desplegar el ejército contra la población kurda. Como señala Tejel (2009: 63), la escasa capacidad de movilización de los partidos kurdos sirios no requirió métodos represivos de gran escala. Esta diferencia es estructuralmente importante: el Estado sirio no necesitó demostrar toda su capacidad coercitiva contra los kurdos porque el movimiento kurdo sirio era comparativamente débil. La revuelta de Qamishli en 2004, reprimida con rapidez y eficacia, ilustra esta lógica: un Estado con capacidad coercitiva intacta puede contener la movilización kurda sin concesiones institucionales.

Como concluye Van Dam, existe una relación clara entre la estabilidad política y el grado de homogeneidad sectaria, regional y tribal en la élite. Tras la toma del poder por Hafiz al-Assad en 1970, la élite política siria alcanzó un grado de homogeneidad mucho mayor que en cualquier momento anterior; con una única facción todopoderosa y un aparato de seguridad altamente fiable, el país experimentó más estabilidad política interna que en ningún momento desde la independencia. Pero esa misma rigidez, un

régimen construido sobre lealtades personales y sectarias en lugar de sobre instituciones representativas, sería precisamente lo que lo haría vulnerable cuando, en 2011, el descontento social desbordara los canales de control. Como se analizará en el subapartado siguiente, la autonomía kurda emergió entonces no de una victoria sobre el Estado, sino del vacío que este dejó al retirarse (Dam, 2011: 137).

7.2 El colapso institucional de 2011 y la retirada del régimen

La revuelta de Qamishli en marzo de 2004 es el antecedente inmediato más relevante para entender lo ocurrido en 2011. Tras una disputa en un evento deportivo el 12 de marzo, el gobernador de Hasaka ordenó abrir fuego contra los manifestantes: murieron seis kurdos, tres de ellos niños, y las protestas se extendieron a los barrios kurdos de Damasco, Alepo y Hama. El balance final entre el 12 y el 25 de marzo fue de 43 muertos, unos 2.500 detenidos y más de 40 estudiantes expulsados de universidades sirias (Tejel, 2009: 116-117). Ante la movilización, el régimen combinó represión inmediata con cooptación selectiva: Assad amnistió a 312 detenidos y envió a su hermano Maher al norte para desactivar el movimiento sin concesiones estructurales (Tejel, 2009: 118). La revuelta ilustra que el Estado conservaba una capacidad coercitiva intacta para contener la movilización kurda en cuestión de días. La diferencia con 2011 no radica en la voluntad del movimiento kurdo, sino en la capacidad del Estado para responder.

El estallido de las protestas en Siria en la primavera de 2011 siguió el patrón regional desencadenado por Túnez y Egipto. Desde Dar'ā, en el sur, las protestas se extendieron por las zonas árabes del país. La idea extendida de que los kurdos se abstuvieron inicialmente es engañosa: en Amûdê hubo protestas espontáneas ya el 27 de marzo, casi simultáneas con las de Dar'ā (Schmidinger 2018: 81).

A principios de abril, el presidente Assad proclamó que los kurdos apátridas (stateless Kurds) recuperarían la ciudadanía siria. El decreto 49, del 7 de abril de 2011, concedió la ciudadanía siria a todos los *ajanib*, registrados como extranjeros en el censo de 1962, aunque no a los *maktumin* (Schmidinger, 2018: 82). La medida revertía parcialmente una de las políticas de exclusión más documentadas por Tejel, pero resultó insuficiente para contener las protestas de manera duradera.

A lo largo de 2011, el panorama político kurdo sirio se reconfiguró de forma acelerada y profundamente fragmentada. Dos grandes bloques emergieron con estrategias

divergentes. Por un lado, en octubre de 2011, bajo la mediación de Masud Barzani y tras largas negociaciones en Erbil, los partidos surgidos del histórico Partido Democrático del Kurdistán en Siria (PDKS) fundaron el Consejo Nacional Kurdo (KNC), integrado por 16 partidos. Por otro lado, el Partido de la Unión Democrática (PYD), afiliado al Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK) y en rivalidad abierta con el Gobierno Regional del Kurdistán iraquí (KRG) de Barzani, rechazó participar en el KNC y optó por construir sus propias estructuras administrativas (Schmidinger, 2018: 84). Esta división intrakurda entre el bloque de Barzani y el del PKK marcaría la naturaleza y los límites de la posterior autonomía de Rojava.

El momento decisivo llegó en la primera mitad de 2012. La guerra contra el Ejército Sirio Libre en Homs, Alepo y el sur escaló, lo que obligó al régimen a concentrar sus recursos militares en el centro. Hubo conversaciones secretas, según Schmidinger, entre el PYD y Damasco sobre la retirada de este último de Rojava (Schmidinger, 2018: 85). Los antecedentes son controvertidos: el PYD afirma haber dado un ultimátum, mientras que el KNC acusa al PYD de haber pactado con el régimen a cambio de garantizar la seguridad de las instalaciones militares (Schmidinger, 2018: 86).

Lo que sí es verificable es el resultado: entre el 19 y el 25 de julio de 2012, el régimen abandonó la mayor parte de Rojava, Cizîrê, Efrîn y Kobanê, a las Unidades de Protección Popular (YPG) fundadas por el PYD, tras apenas resistencia, dejando gran parte de su equipamiento. Mantuvo, no obstante, puntos estratégicos en Qamishlo (aeropuerto, estación de tren, edificios oficiales) y presencia en al-Hasaka. Una entrega tan pacífica difícilmente podría haberse producido sin acuerdos previos, aunque sus términos exactos permanecen especulativos (Schmidinger, 2018: 87).

La emergencia de la autonomía kurda en el norte de Siria no fue el resultado de una victoria militar ni de una negociación aceptada voluntariamente por el régimen desde una posición de fortaleza, sino de una retirada estatal motivada por la incapacidad para mantener el control en múltiples frentes. El patrón es estructuralmente idéntico al de Irak en 1991: la autonomía kurda emergió en ambos casos cuando el Estado perdió el control efectivo sobre el territorio. La diferencia reside en el mecanismo del colapso, guerra civil interna frente a derrota militar exterior, pero la lógica estructural es idéntica: sin vacío estatal, no hay autonomía kurda.

El resultado fue una nueva administración autónoma kurda, que el PYD denominaría Rojava y que formalizaría en enero de 2014 como la Administración Autónoma del Norte y Este de Siria (AANES). Dividida en tres regiones geográficamente separadas y en un barrio de Alepo, tendría que construir sus instituciones en un contexto de profunda fragmentación intrakurda y sin reconocimiento exterior (Schmidinger, 2018: 87).

7.3 Construcción del AANES: de Rojava al confederalismo democrático

Tras la retirada del régimen en julio de 2012, el PYD y sus Unidades de Protección Popular (YPG) ocuparon el vacío administrativo y de seguridad dejado por el gobierno sirio en las zonas de mayoría kurda del norte del país. Como señalan Allsopp y van Wilgenburg, la visión del PYD y su modelo de democracia directa pasaron a dominar la gobernanza local, la seguridad y la organización civil en las zonas predominantemente kurdas del norte de Siria (Allsopp & Wilgenburg, 2019: 1).

La formalización institucional de este control se produjo en enero de 2014, con la proclamación unilateral de los tres cantones autónomos: el cantón de Cizîrê el 21 de enero, el de Kobanê el 27 de enero y el de Efrîn el 29 de enero. Como subraya Schmidinger, esta proclamación fue obra exclusiva del PYD y no fue coordinada con el KNC, lo que, desde el primer momento, privó al proyecto de una legitimidad intra-kurda amplia (Schmidinger, 2018: 119). Junto con la proclamación de los cantones, se adoptó la Carta del Contrato Social. En su preámbulo, la Carta declaraba explícitamente que Rojava no era una zona autónoma puramente kurda sino que se consideraba parte de Siria: “*We, the people of the Democratic Autonomous Regions of Afrin, Jazira and Kobane, a confederation of Kurds, Arabs, Assyrians, Chaldeans, Arameans, Turkmen, Armenians and Chechens, freely and solemnly declare and establish this Charter, which has been drafted according to the principles of Democratic Autonomy.*” (Schmidinger, 2018: 120). También aclara que “*the Charter recognizes Syria’s territorial integrity and aspires to maintain domestic and international peace*” (KEDISTAN, 2017).

El sistema de gobernanza se articulaba a través de comunas de base, consejos locales y ministerios cantonales organizados en cuatro niveles, con una exigencia de cogestión de género en todos los cargos: cada posición debía ser codirigida por un hombre

y una mujer, y en cada consejo debía cubrirse una cuota mínima del 40 por ciento de mujeres (Allsopp & Wilgenburg, 2019: 78).

La base ideológica del proyecto de Rojava era el confederalismo democrático formulado por Abdullah Öcalan, líder del PKK, y encarcelado. En un giro significativo respecto a sus posiciones anteriores, Öcalan había abandonado el nacionalismo étnico kurdo como motor del proyecto y lo había sustituido por el concepto de "nación democrática": una comunidad política definida no por la etnicidad, sino por la participación ciudadana en estructuras de autogobierno locales. Esta revisión teórica pretendía, según Allsopp y Wilgenburg (2019), liberar el modelo de representación de las nociones de homogeneidad cultural asociadas al Estado-nación moderno. En la práctica, sin embargo, tanto los observadores externos como gran parte de su base popular siguieron identificando el proyecto como esencialmente kurdo, y su legitimidad descansaba, en buena medida, en esa identidad.

El punto de inflexión que transformó Rojava de experimento local en actor reconocido internacionalmente fue el asedio de Kobanê. Entre el 13 de septiembre de 2014 y el 15 de marzo de 2015, el autodenominado Estado Islámico (ISIS) sitió la ciudad, que estuvo a punto de caer. Su proximidad a la frontera con Turquía permitió a los medios internacionales cubrir de cerca los combates y generar un amplio apoyo occidental. La intervención de la coalición anti-ISIS liderada por Estados Unidos, junto con el apoyo de los peshmerga iraquíes, inclinó la balanza y consolidó la imagen de los kurdos como aliados fiables de Occidente. La batalla cambió las percepciones externas del PYD (Allsopp & Wilgenburg, 2019: 19) e inició una expansión territorial del proyecto: las fuerzas kurdas conectaron los cantones de Kobanê y Cizîrê, formando un territorio contiguo desde el Éufrates hasta la frontera iraquí (Allsopp & Wilgenburg, 2019)

Sin embargo, el proyecto de Rojava presentaba límites estructurales profundos. El primero era la ausencia de reconocimiento internacional y la falta de legitimidad intrakurda: el Acuerdo de Duhok de octubre de 2014, que preveía un reparto de poder entre el PYD y el KNC, nunca se materializó, y las elecciones municipales celebradas en el cantón de Cizîrê en marzo de 2015 fueron boicoteadas por los partidos del KNC, lo que limitó severamente su legitimidad (Schmidinger, 2018). El segundo límite era la presión de Turquía y el bloqueo económico del KDP: tras la ruptura del Acuerdo de Duhok, los cierres fronterizos entre el KRG y Rojava disparaban los precios de los bienes de primera

necesidad (Allsopp & Wilgenburg, 2019: 72). El tercer límite era estructural: el 70 por ciento del presupuesto de la administración se destinaba a seguridad y guerra, lo que limitaba drásticamente la inversión en servicios e infraestructuras (Allsopp & Wilgenburg, 2019: 107), mientras que el régimen sirio mantenía su control sobre documentación oficial, medicamentos, salarios y el aeropuerto de Qamishlo (Allsopp & Wilgenburg, 2019: 109). A esto se añadía un expediente problemático de derechos humanos: un informe de Human Rights Watch de febrero de 2014 documentó al menos nueve casos de asesinatos y desapariciones de opositores al PYD, criticó el sistema judicial y denunció el uso de menores en las filas del YPG (Schmidinger, 2018: 121).

Estos límites confirman que la autonomía de Rojava, al igual que la del KRG iraquí tras 1991, no fue el resultado de una institucionalización sólida e independiente sino de un vacío estatal que el PYD ocupó con rapidez. Su consolidación dependía de la continuidad de ese vacío y de la protección indirecta de la coalición internacional mediante la lucha contra ISIS. Como demuestra el periodo posterior a la caída de Assad en diciembre de 2024, que se analizará en el subapartado siguiente, en cuanto el nuevo gobierno sirio recuperó cohesión institucional, con el respaldo activo de Turquía, la autonomía kurda entró en una fase de presión existencial. Sin un vacío estatal sostenido, la autonomía kurda carece de una base estructural.

7.4 Fragilidad del proyecto: el peso de la actualidad

El 8 de diciembre de 2024, el régimen de Bashar al-Assad cayó tras una ofensiva relámpago de once días liderada por el grupo islamista Hayat Tahrir al-Sham (HTS) bajo el mando de Ahmad al-Sharaa. La caída de un régimen que había gobernado Siria durante más de cincuenta años supuso, paradójicamente, una amenaza existencial para la autonomía kurda. Mientras millones de sirios celebraban el fin de la dictadura, los kurdos de Rojava observaban con inquietud cómo el nuevo gobierno emergente se alineaba con Turquía, su principal adversario regional, y se mostraba decididamente opuesto a cualquier forma de autonomía territorial (Hakari, 2025).

El nuevo gobierno de transición, liderado por al-Sharaa, demostró desde el primer momento una vocación marcadamente centralista. En marzo de 2025, las Fuerzas Democráticas Sirias (SDF), la coalición militar multiétnica liderada por las YPG kurdas, y el gobierno de Damasco firmaron un primer acuerdo de integración que preveía la

incorporación de las fuerzas kurdas al ejército sirio antes de finales de 2025. Sin embargo, el acuerdo quedó bloqueado: el gobierno exigía la absorción individual de los combatientes del SDF en unidades existentes del ejército sirio, mientras que el SDF reclamaba la integración como unidades propias con una cadena de mando preservada. Cuando el líder del SDF, Mazloum Abdi, fue incapaz de persuadir a su base de la necesidad de comprometerse con Damasco, al-Sharaa perdió la fe en la credibilidad de las negociaciones (Hakari, 2025). En julio de 2025, la masacre de civiles drusos en el sur de Siria reveló, además, que el nuevo gobierno sirio era capaz de recurrir a la fuerza bruta contra minorías que resistían la centralización, lo que aumentó las alarmas en las comunidades kurdas.

El 13 de enero de 2026, el gobierno de transición sirio lanzó una ofensiva militar contra el SDF en los territorios de la Administración Autónoma del Norte y Este de Siria. La ofensiva fue fulminante: el SDF perdió aproximadamente el 80 por ciento del territorio que controlaba a principios de año, quedando reducido a las áreas del noreste, en torno a las ciudades de Qamishlo y Hasaka, y a la localidad de Kobanê, zonas con mayor densidad de población kurda (Aftandilian, 2026). Un factor decisivo en la rapidez del colapso territorial fue la deserción de las unidades árabes del SDF hacia el gobierno nacional, lo que desintegró la coalición multiétnica que había sido la base del proyecto de Rojava. El 18 de enero, el enviado especial de EE.UU., Tom Barrack, declaró públicamente que "el propósito original del SDF ha expirado en gran medida", argumentando que los kurdos de Siria debían integrarse en el Estado sirio y cementando así el respaldo de Washington a la visión centralizadora de al-Sharaa (Hakari, 2025).

El 30 de enero de 2026 se firmó un acuerdo definitivo de integración. Según los términos del acuerdo, las fuerzas se retirarían de las líneas del frente, las unidades gubernamentales se desplegarían en los centros de las ciudades de Hasaka y Qamishlo, y las fuerzas de seguridad locales se fusionarían con las estatales (Kurdish-Led SDF Agrees Integration with Syrian Government Forces, n.d.). Las instituciones autónomas del AANES serían integradas en las estructuras del Estado sirio, aunque con la retención del personal civil. El decreto número 13 del gobierno sirio, emitido el 16 de enero de 2026, reconoció la ciudadanía a los kurdos apátridas, el kurdo como "lengua nacional" y el Newroz como festividad nacional de Siria (Genç, 2026). Se trataba, sin embargo, de

concesiones simbólicas que no preservaban la autonomía institucional que los kurdos habían construido desde 2012.

Este desenlace es el más importante del capítulo para la hipótesis central del trabajo. La secuencia de eventos de 2024-2026 demuestra con claridad que la autonomía kurda en Siria no tenía una base institucional propia independiente del colapso estatal que la había hecho posible. Cuando el Estado sirio se reconstruyó, aunque bajo un signo político radicalmente distinto al del régimen de Assad, la autonomía kurda no pudo sostenerse. El mecanismo es exactamente el inverso al de 2012: así como la retirada estatal creó el vacío que permitió la emergencia de Rojava, la reconstrucción de la autoridad central, apoyada por Turquía, bendecida por Estados Unidos y respaldada por la deserción de los componentes árabes del SDF, desmanteló en semanas lo que había tardado más de una década en construirse. Desde la perspectiva kurda, las esperanzas de una constitución federal o de un sistema de descentralización que consagrara sus derechos a largo plazo se habían desvanecido (Hakari, 2025).

La comparación con Irak es clara. Allí, la autonomía kurda sobrevivió porque el Estado iraquí nunca recuperó la plena capacidad de proyectar fuerza en el norte: primero, por las sanciones internacionales y la zona aérea de exclusión; luego, por la invasión de 2003, que institucionalizó la autonomía en la propia constitución; y, finalmente, por la debilidad estructural crónica del Estado después de Saddam. En Siria, la reconstrucción estatal fue más rápida y completa, en parte gracias al respaldo activo de Turquía y a la legitimidad internacional que le otorgaba su ruptura con el régimen anterior. El resultado confirma la hipótesis: la variable explicativa de la autonomía kurda no es la fortaleza del movimiento kurdo, sino la debilidad del Estado al que se enfrenta. El patrón no es nuevo: la República de Mahabad de 1946 ilustra la misma lógica estructural.

8. Irán: un Estado fuerte frente a las aspiraciones kurdas

8.1 La revolución de 1979 y la ventana cerrada

Mohammad Reza Shah comenzó su mandato sin apoyo significativo de la intelligentsia ni de la clase trabajadora, y se consolidó como líder autocrático alineado con los intereses estadounidenses en el golfo Pérsico. En ese contexto, la revolución iraní de 1979 era inevitable. Los kurdos participaron activamente en el proceso que derrocó a la monarquía del Shah, convencidos de que el nuevo orden político podría ofrecerles un

reconocimiento que el régimen imperial siempre les había negado. Sus demandas no eran maximalistas: reclamaban autonomía dentro de Irán, derechos lingüísticos en la educación y la administración local, y reconocimiento del clero suní dentro de la nueva República Islámica (Vali, 2011). Se trataba exactamente del tipo de arreglo institucional que Yash Ghai define como viable cuando existe voluntad política por parte del centro.

Esa voluntad nunca llegó. Abrahamian subraya la paradoja central del proceso: el derrumbe del régimen Pahlavi no implicó la destrucción del Estado. Los funcionarios que se pusieron en huelga lo hicieron sabiendo que los Pahlavi podían ser relegados al basurero de la historia "sin desmantelar el Estado propiamente dicho"; Jomeini, consciente de ello, quiso "*quitar al sha, no desmantelar todo el Estado*" (Abrahamian, 2008: 156-162). El nuevo régimen se apropió del aparato estatal preexistente, depuró únicamente los escalones superiores y lo expandió aceleradamente. Los primeros meses dejaron, no obstante, un breve margen de negociación: Mehdi Bazargan, primer ministro del gobierno provisional, intentó desde febrero de 1979 pactar con las dirigencias kurdas algún grado de autonomía (Abrahamian, 2008; McDowall, 2004). El margen se cerró en agosto, cuando Jomeini, con el aparato militar bajo su control, declaró la yihad contra los kurdos. La ventana iraní no se cerró por la debilidad del movimiento kurdo, sino por la rapidez con la que el nuevo régimen consolidó su monopolio coercitivo.

La velocidad de esa reconstitución institucional es lo que hace del caso iraní un fracaso kurdo tan paradigmático. La constitución de diciembre de 1979 concentró en el Líder Supremo poderes que, en palabras de Abrahamian, excedían los que jamás habían ostentado los shahs: podía "determinar los intereses del islam, fijar las directrices generales de la República Islámica, supervisar la implementación de políticas y mediar entre los poderes" (Abrahamian, 2008: 164). Esta arquitectura teocrática no dejaba margen para la autonomía étnica: el principio del *velayat-e faqeh* definía la comunidad política en términos exclusivamente religiosos, invisibilizando cualquier reivindicación basada en la diferencia étnico-lingüística. En el referéndum de ratificación, la participación fue notablemente inferior en las regiones sunitas de Kurdistán y Baluchistán (Abrahamian, 2008: 169), lo que muestra que los kurdos comprendieron desde el primer momento que la nueva carta magna no les ofrecía reconocimiento alguno. En la constitución se incorporó una inscripción: "*God is great*" (Abrahamian, 2008: 164).

Desde la perspectiva teórica de Vali, este rechazo no era accidental sino estructural. La identidad kurda en Irán se ha constituido históricamente como una "*otredad*" respecto a la identidad soberana dominante, y las estrategias desplegadas por el poder soberano iraní configuran lo que Vali denomina una "*genealogía de la identidad kurda*" construida a través de esas sucesivas formas de exclusión (Vali, 2011: 12). La República Islámica no rompió con esa genealogía: la continuó, sustituyendo la identidad soberana persa-nacionalista del régimen Pahlavi por una identidad soberana islámica-chií que resultaba igualmente excluyente para una minoría étnicamente kurda y mayoritariamente suní.

La respuesta a las demandas kurdas fue, en consecuencia, inmediata y militarmente contundente. Jomeini declaró la yihad contra los kurdos en agosto de 1979, tachándolos de separatistas e infieles, y la insurrección de la Kurdistan Democratic Party of Iran (KDPI) y de la Sociedad de Trabajadores Revolucionarios del Kurdistán Iraní (Komala) fue aplastada mediante una masacre en la aldea de Qarne, perpetrada por el Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica (IRGC) (Yavari, 2026). Lo decisivo para la hipótesis de este trabajo no es la brutalidad de la respuesta, sino su velocidad. A diferencia de Irak, donde el Estado tardó décadas en consolidar el control del norte, el régimen iraní demostró en los meses posteriores a la revolución que tenía suficiente capacidad coercitiva para rechazar las aspiraciones kurdas con rapidez. El episodio reproduce la lógica de Mahabad en 1946: la autonomía kurda en Irán emerge exclusivamente en momentos de debilidad estatal y desaparece en cuanto el Estado reconstruye su autoridad.

8.2 Consolidación del Estado islámico y gestión estructural de la cuestión kurda

Si la paradoja de la revolución de 1979 fue que produjo un Estado más fuerte que el que derrocó, el período de consolidación entre 1980 y 1989 lo hizo estructuralmente permanente. Abrahamian documenta la expansión con precisión: la burocracia central pasó de veinte ministerios con 304.000 funcionarios en 1979 a veintiséis ministerios y 850.000 funcionarios en 1982, y siguió creciendo hasta superar el millón de funcionarios en 2004 (Abrahamian, 2008: 169). Los nuevos ministerios, la inteligencia, los guardianes revolucionarios, las industrias pesadas y la reconstrucción revelan la dirección de ese crecimiento: la penetración territorial, la capacidad coercitiva y el control social.

El catalizador más importante de esa consolidación fue la guerra Irán-Irak (1980-1988), que *"dio al Estado un impulso inmediato para expandirse"* (Abrahamian, 2008: 171). Las milicias revolucionarias se transformaron en el *Sepah-e Pasdaran-e Enqelabi* (Guardianes de la Revolución), con 120.000 efectivos, un ministerio propio y unidades navales y aéreas. Las fuerzas armadas regulares sumaban 370.000 soldados y el *Basij* aportaba otros 200.000 voluntarios (Abrahamian, 2008: 175): más de medio millón de efectivos bajo mando centralizado. La diferencia con Irak es decisiva: mientras el KRG iraquí pudo constituirse porque el Estado iraquí quedó militarmente devastado tras la Guerra del Golfo de 1991, el Estado iraní salió de su propia guerra de ocho años con un aparato de seguridad más robusto que el que tenía al entrar en ella.

La guerra cumplió, además, una función política de primer orden en la cuestión kurda. El conflicto, señala Abrahamian, *"proporcionó al régimen un poderoso elemento de movilización: incluso quienes albergaban serias reservas estaban dispuestos a apoyar al gobierno en un momento de emergencia nacional"* (Abrahamian, 2008: 176). Al poder presentar cualquier resistencia interior como colaboración con el enemigo exterior, el régimen aisló políticamente al movimiento kurdo. Los partidos kurdos que buscaron apoyo en Bagdad, empujados por la desesperación, vieron cómo Jomeini aprovechaba ese hecho para tacharlos de *"mercenarios extranjeros y enemigos del islam"*, cerrando definitivamente cualquier posibilidad de negociación.

La consolidación del Estado islámico no se basó únicamente en la coerción. Abrahamian documenta una estrategia paralela de construcción de legitimidad popular que explica por qué el régimen no sufrió el desgaste interno que, en Irak o Siria, abrió ventanas de oportunidad para los kurdos. El nuevo Estado distribuyó más de 850.000 hectáreas de tierra confiscada entre unas 220.000 familias campesinas, extendió carreteras, electricidad, agua corriente y clínicas de salud a las zonas rurales y duplicó la tasa de alfabetización entre los seis y los veintinueve años (Abrahamian, 2008: 180). Ese proceso de penetración social alcanzó incluso a las periferias étnicas: por primera vez, *"la mayoría de la población, incluyendo azeríes, kurdos, gilakíes y mazanderaníes, podía conversar y leer en persa"* (Abrahamian, 2008: 180). Desde la perspectiva de Valí, esa asimilación lingüística prolonga la supresión de la diferencia kurda bajo nuevas formas; a la vez, funciona como mecanismo de penetración estatal que reforzó la cohesión del Estado central desde abajo.

La combinación de zanahoria y palo fue deliberada y eficaz. Entre febrero de 1979 y junio de 1981, los tribunales revolucionarios ejecutaron a 497 opositores políticos; en los cuatro años siguientes, hasta junio de 1985, la cifra superó los 8.000, con los kurdos incluidos explícitamente entre las víctimas, junto a *fedayines*, miembros del Tudeh y seguidores de Shariatmadari (Abrahamian, 2008: 181). La represión no era un síntoma de debilidad, sino la expresión de un Estado lo bastante fuerte como para eliminar sistemáticamente a sus adversarios internos sin comprometer su estabilidad. La diferencia con el Irak anterior a 1991, también feroz, pero cuya ferocidad acabó por agotar su base social y militar, es que el Estado iraní combinó expansión burocrática, legitimidad popular y represión selectiva en una fórmula estructuralmente sostenible.

Desde la perspectiva de Vali, el período 1979-1989 consolidó no solo un aparato coercitivo, sino también una nueva forma de la identidad soberana iraní, articulada ahora en términos islámicos, que continuó la lógica de supresión de la diferencia kurda característica del Estado Pahlavi. La genealogía de la identidad kurda como "otredad constitutiva" no se interrumpió con la revolución: se reconfiguró bajo una gramática política aún más excluyente, al añadir a la diferencia étnico-lingüística la religiosa entre el chiísmo dominante y el sunismo mayoritario entre los kurdos iraníes. Esta doble diferencia convirtió a la comunidad kurda en un objeto de sospecha permanente, lo que explica tanto la rapidez de la represión de 1979 como la continuidad estructural de los mecanismos de control que se analizarán en el apartado siguiente a través del caso de Mahsa Amini.

8.3 La actualidad: de Mahsa Amini a la coalición de fuerzas políticas del Kurdistán iraní

El 16 de septiembre de 2022, Mahsa Jina Amini, una joven kurdo-iraní de veintidós años, originaria de la ciudad de Saqqez, en la provincia del Kurdistán, falleció bajo custodia de la policía de la moral (Gasht-e Ershad)¹ tras haber sido detenida en Teherán por un supuesto incumplimiento del hiyab obligatorio (Barkey, 2026; Holliday, 2025). Su muerte desencadenó lo que se conocería como el movimiento "Mujer, Vida, Libertad" (*Zan, Zendegi, Azadi*), la ola de protestas más significativa que ha enfrentado la República Islámica desde su fundación (Holliday, 2025). Lo que resulta analíticamente

¹ Patrulla de orientación: unidad de las fuerzas de seguridad iraníes creada en 2005 cuya función principal es hacer cumplir el código de vestimenta islámico obligatorio, especialmente el uso del hiyab por parte de las mujeres

relevante para este trabajo no es solamente la magnitud de las protestas, sino también dos elementos que conectan directamente con la hipótesis central: primero, que el origen kurdo de Amini convirtió la dimensión étnica en un componente inseparable de la movilización (Barkey, 2026); y segundo, que la capacidad del régimen para reprimir las protestas sin desintegrarse constituye una confirmación adicional de la fortaleza institucional del Estado iraní.

Las protestas se propagaron rápidamente por todo el país (Bodette, 2026). Sin embargo, las regiones kurdas fueron tanto el epicentro inicial como el escenario de la represión más severa. Como documentó el Centro de Derechos Humanos de Irán (CHRI), las fuerzas de seguridad desplegaron una represión letal particularmente intensa en las zonas kurdas, generando lo que el propio organismo calificó como temor a una masacre en las áreas kurdas (Jasmin, 2022; Holliday, 2025). Este patrón reproduce la lógica estructural que Vali identifica en su genealogía de la identidad kurda: el Estado iraní percibe cualquier movilización en las regiones kurdas no como una protesta política legítima sino como una amenaza existencial a la integridad territorial, lo que justifica una respuesta desproporcionada (Vali, 2011: 12)

Lo que el movimiento "Mujer, Vida, Libertad" reveló, desde la perspectiva de la hipótesis de este trabajo, fue precisamente la capacidad del Estado para absorber una crisis de legitimidad sin experimentar un colapso institucional. A diferencia de lo ocurrido en Siria en 2011, donde las protestas derivaron en una guerra civil que fragmentó el control territorial del Estado y abrió la ventana de oportunidad para la autonomía kurda en Rojava, o del caso iraquí tras la Guerra del Golfo de 1991, donde la devastación militar generó el vacío que permitió la emergencia del KRG, el Estado iraní respondió a las protestas de 2022 con una combinación de represión selectiva, despliegue masivo de fuerzas de seguridad y ejecuciones ejemplarizantes que, si bien erosionaron gravemente su legitimidad, no comprometieron su integridad institucional (Holliday, 2025). Holliday sostiene que la República Islámica depende fundamentalmente de la coerción más que del consentimiento para su supervivencia, lo que explica su capacidad de sostenerse incluso cuando su base de legitimidad popular se ha debilitado significativamente (Holliday, 2025; Barkey, 2026).

Las protestas de 2022, no obstante, tuvieron un efecto catalizador en la articulación política del movimiento kurdo iraní. Un proceso que culminó el 22 de febrero

de 2026 con un acontecimiento sin precedentes: la formación de la Coalición de Fuerzas Políticas del Kurdistan Iraní, una alianza que reunió a cinco organizaciones: el Partido Democrático del Kurdistan Iraní (PDKI), el Partido de la Vida Libre del Kurdistan (PJAK), el Partido de la Libertad del Kurdistan (PAK), la Organización Khabat y Komala (Jasmin, 2022). La coalición estableció como objetivos fundamentales la autodeterminación del pueblo kurdo en el Kurdistan oriental y el derrocamiento de la República Islámica, comprometiéndose a establecer un sistema democrático que garantizase los derechos de todos los grupos étnicos y religiosos (Jasmin, 2022; Barkey, 2026).

El contexto en el que emergió esta coalición es inseparable de la escalada regional de 2025. La guerra entre Irán e Israel, que estalló en junio de ese año, debilitó las capacidades del régimen y desvió recursos militares hacia frentes externos (Jalal, 2026). Simultáneamente, a finales de 2025 y en enero de 2026, una nueva oleada de protestas nacionales fue reprimida con especial brutalidad en las regiones kurdas, con miles de víctimas mortales (Barkey, 2026; Jalal, 2026). Un dato que ilustra la magnitud de la represión selectiva contra los kurdos es que, según fuentes documentadas por Jalal (2026), en 2025 los kurdos representaban aproximadamente el cincuenta por ciento de todos los detenidos por el Estado, a pesar de constituir entre el ocho y el diecisiete por ciento de la población iraní. Esta desproporción evidencia que la comunidad kurda sigue siendo percibida por el aparato de seguridad como la principal amenaza interna para la integridad del Estado, lo que reproduce la lógica de securitización que Hassaniyan y Sohrabi conceptualizan como colonialismo interno (Hassaniyan & Sohrabi, 2022).

En este sentido, la dimensión del colonialismo interno resulta fundamental para comprender la situación actual de los kurdos en Irán más allá de la represión política directa. Hassaniyan y Sohrabi demuestran que la región del Kurdistan iraní (Rojhelat), a pesar de poseer abundantes recursos naturales, minerales, agua y bosques, se encuentra entre las zonas más empobrecidas y securitizadas del país. El Estado iraní ha implementado una política sistemática de extracción de recursos hídricos mediante la construcción de más de cincuenta y cuatro presas en la región y la desviación de ríos hacia las provincias centrales, lo que ha generado desertificación, erosión del suelo y desplazamiento de la población local (Hassaniyan & Sohrabi, 2022: 335). Esta dinámica centro-periferia refuerza la exclusión kurda en múltiples dimensiones: no solo se niega la

autonomía política, sino que se perpetúa una relación económica extractiva que subordina el bienestar de la periferia kurda al desarrollo del centro persa (Hassaniyan & Sohrabi, 2022: 337). La crisis de Kirkuk representa una dinámica comparable, articulada en torno a un recurso distinto: el petróleo. El régimen baazista desplegó a lo largo de cuatro décadas una política sistemática de arabización con el objetivo de consolidar el control estatal sobre los yacimientos del norte, recurriendo a mecanismos como la distribución de formularios oficiales de "*corrección de identidad étnica*" (Anderson & Stansfield, 2009), que obligaban a kurdos, turcomanos y asirios a registrarse como árabes. La fase más intensa fue la campaña de Anfal, dirigida por Ali Hassan al-Majid, con el encargo explícito de completar la arabización de la ciudad (Anderson & Stansfield, 2009). La política extractiva sobre las periferias kurdas, ya se articule en torno al agua o al petróleo, opera en ambos Estados como mecanismo simultáneo de centralización fiscal y de subordinación política, cuya eficacia depende directamente de la capacidad coercitiva del Estado central.

La coalición de 2026, sin embargo, enfrenta obstáculos estructurales que limitan sus posibilidades de éxito. Barkey (2026) señala que, si bien las dos organizaciones con mayor capacidad militar, el PDKI y el PJAK, aportan contingentes de combatientes experimentados, y el PAK cuenta con combatientes entrenados por el ejército estadounidense durante la campaña contra el Estado Islámico en Irak, la coalición presenta fisuras internas significativas. Notablemente, Komala del Partido de Irán (liderado por Abdullah Mohtadi) participó en las conversaciones, pero no se unió formalmente a la alianza, alegando falta de claridad sobre la gestión de la transición y la unificación de las fuerzas armadas (Jalal, 2026). Además, el príncipe Reza Pahlavi condenó la coalición calificándola de separatista, lo que refleja las tensiones entre el movimiento kurdo y otros sectores de la oposición iraní que aspiran a mantener la integridad territorial del Estado en un eventual cambio de régimen (Jalal, 2026).

El factor regional añade una capa adicional de complejidad. Jalal identifica varios riesgos externos: la posibilidad de intervención militar turca, ya que Ankara considera al PJAK una extensión del PKK y ha demostrado reiteradamente su disposición a actuar militarmente contra organizaciones kurdas más allá de sus fronteras; la potencial movilización de la población azerí iraní contra las aspiraciones kurdas por parte de Azerbaiyán; y la presión sobre el Gobierno Regional del Kurdistán iraquí (KRI), que

alberga bases de partidos kurdos iraníes pero mantiene una relación pragmática con Teherán que limita su margen de maniobra. De hecho, Irán ya ha llevado a cabo ataques con misiles y drones contra posiciones de la oposición kurda iraní en el territorio del KRI (Jalal, 2026), lo que demuestra que el Estado mantiene la capacidad y la voluntad de proyectar su fuerza más allá de sus fronteras para neutralizar a la oposición kurda.

En definitiva, el análisis de la situación actual confirma la hipótesis central de este trabajo desde una perspectiva actualizada. El Estado iraní, pese a enfrentar la mayor crisis de legitimidad de su historia con el movimiento "Mujer, Vida, Libertad" (Holliday, 2025), la escalada bélica con Israel (Jalal, 2026) y la muerte del Líder Supremo Alí Jameneí el 28 de febrero de 2026 (Barkey, 2026), todavía no ha experimentado el tipo de colapso institucional que en Irak o en Siria abrió ventanas de oportunidad para la autonomía kurda. La coalición kurda de 2026 representa el esfuerzo de unidad política más ambicioso en décadas; opera en un contexto en el que el Estado, aunque debilitado, conserva una capacidad coercitiva suficiente para impedir la materialización de aspiraciones autonomistas. El patrón que se repite desde la República de Mahabad en 1946, pasando por la revolución de 1979 y las protestas de 2022, es consistente: la autonomía kurda en Irán solo emerge en momentos fugaces de debilidad estatal y desaparece en cuanto el Estado reconstruye, o simplemente mantiene, su autoridad institucional.

9. Turquía: mantenimiento de la integridad estatal y lucha feroz contra la insurgencia kurda

9.1 Kemalismo, nacionalismo cívico y maquinaria de seguridad

A diferencia de los tres casos anteriores, el Estado turco no ha experimentado jamás un proceso de colapso institucional ni una pérdida, siquiera parcial, de su capacidad efectiva de control territorial sobre las regiones surorientales habitadas por la población kurda. Esta continuidad es el resultado deliberado del proyecto kemalista de construcción estatal.

El kemalismo se articuló formalmente en torno a seis principios ,las conocidas "seis flechas" (Altı Ok) incorporadas a la Constitución turca en 1937,: republicanism (rechazo del sistema monárquico y del califato otomano), nacionalismo (edificación de una identidad turca unitaria que negaba la pluralidad étnica interna), populismo (idea de un pueblo indivisible, sin fracturas de clase ni de origen), estatismo (control centralizado

de la economía), laicismo (separación entre religión y Estado) y reformismo (compromiso con la modernización permanente) (Zürcher, 2004). Dos de ellos tuvieron consecuencias directas sobre la cuestión kurda: el nacionalismo, por la exclusión identitaria que implicaba; y el laicismo, que desactivó los vínculos religiosos que habían articulado buena parte del liderazgo kurdo tradicional (Zürcher, 2004: 181).

Un rasgo institucional decisivo del proyecto kemalista fue la consagración del Ejército como guardián del orden constitucional. Desde 1923, las Fuerzas Armadas turcas no se configuraron solo como un instrumento de defensa exterior, sino también como la institución tutelar de los principios kemalistas, con legitimidad para intervenir directamente en la vida política cuando se consideraban amenazados. Esa función tutelar se materializó en cuatro golpes de Estado a lo largo del siglo XX (1960, 1971, 1980 y 1997), cada uno de los cuales reforzó la capacidad coercitiva del Estado sin romper su continuidad institucional (Zürcher, 2004). Esta arquitectura explica una de las paradojas más relevantes del caso turco: precisamente los momentos de mayor inestabilidad política interna derivaron en una profundización, y no en un debilitamiento, de la integridad estatal, a la inversa de lo observado en Irak y Siria.

Lo característico del caso turco, sin embargo, es la evolución progresiva de ese marco doctrinal hacia una maquinaria de seguridad interna altamente especializada. A lo largo del siglo XX, Turquía desarrolló un entramado institucional diseñado específicamente para neutralizar cualquier amenaza secesionista: jurisdicciones militares específicas para el sureste, presencia armada reforzada, un servicio de inteligencia centralizado (*Millî İstihbarat Teşkilatı*, MİT) y una gendarmería rural especializada en operaciones antiinsurgentes (McDowall, 2004). No obstante, la contención de la cuestión kurda no puede leerse como un fenómeno puramente coercitivo: la persistencia del control estatal se ha sostenido también mediante la combinación sistemática de represión, cooptación de las élites locales y asimilación cultural (Tezcür, 2009).

9.2 Surgimiento del PKK (años 70) y enfrentamiento con el Estado

El Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK, *Partiya Karkerên Kurdistanê*) fue fundado en noviembre de 1978 bajo el liderazgo de Abdullah Öcalan, exmilitante de la izquierda revolucionaria turca. La singularidad del PKK radica en su doble genealogía, el nacionalismo kurdo y la matriz revolucionaria de la izquierda turca, que se condensa

en la figura de Haki Karer, militante turco y camarada cercano a Öcalan, cuyo asesinato en 1977 funcionó como catalizador simbólico del proyecto que cristalizaría un año después. La pregunta ideológica central que el PKK recibía de esa doble tradición era el debate, abierto dentro de la izquierda turca, sobre si el Kurdistán podía considerarse una colonia en el interior de un sistema no plenamente capitalista como el turco (Jongerden & Akkaya, 2012). El PKK resolvió ese dilema en sentido afirmativo, lo que le permitió articular un análisis simultáneamente nacional y de clase: el Kurdistán, entendido como territorio colonizado por cuatro Estados —Turquía, Irán, Irak y Siria— y, al mismo tiempo, como sociedad atravesada por relaciones de explotación interna que el proyecto revolucionario debía transformar.

El liderazgo del PKK se construyó en torno a la figura carismática de Öcalan ,apodado "Apo" por sus seguidores, diminutivo de Abdullah, que también significa "tío" en kurdo, quien, tras huir a Siria en 1979, dirigió la organización desde el exilio durante dos décadas, ejerciendo sobre sus cuadros una autoridad ideológica y disciplinaria cuasireligiosa (Marcus, 2009). El contexto de la fundación resulta decisivo: a finales de los años 70, Turquía atravesaba una crisis política con tintes de guerra civil, con una violencia callejera entre grupos ultraizquierdistas y ultraderechistas que debilitó el control estatal en la periferia kurda (Marcus, 2009). En ese vacío coyuntural se organizó el PKK, aunque el golpe militar del 12 de septiembre de 1980 lo obligó a replegarse a Siria y al valle libanés de la Bekaa. La supervivencia de la organización habría sido improbable sin esta "conexión siria": Hafez al-Assad, enfrentado a Ankara por la anexión turca de la provincia de Hatay en 1939 y por las disputas hidráulicas, instrumentalizó al PKK como una herramienta de presión indirecta. Esta alianza encubierta se prolongó hasta octubre de 1998, cuando Turquía amenazó con intervenir militarmente y Assad se vio obligado a expulsar a Öcalan mediante el Acuerdo de Adana (Marcus, 2009).El 15 de agosto de 1984, ya reorganizado, inauguró su campaña armada con ataques coordinados contra los destacamentos de la gendarmería turca en Eruh (provincia de Siirt) y Şemdinli (provincia de Hakkari) ,dos localidades del sureste fronterizo con Irak e Irán, escogidas por ser puestos militares relativamente aislados y de alto valor simbólico, dando inicio a un conflicto que se prolongaría durante más de cuatro décadas.

Cuatro décadas después, esta dinámica se invertiría de forma reveladora: tras la caída de Bashar al-Assad en diciembre de 2024 y el ascenso al gobierno de Ahmad al-

Sharaa, Turquía pasaría de adversaria histórica a aliada activa de Damasco en el desmantelamiento de la autonomía kurda en Rojava (Barkey, 2026; Hakari, 2025). La continuidad de fondo, Siria pasa de santuario del PKK a socio contra Rojava, revela que la variable explicativa de la política turca no ha sido la alianza exterior coyuntural, sino la preservación inalterada de la integridad territorial del propio Estado turco, objetivo que subordina toda oscilación geopolítica regional.

La respuesta estatal fue de una intensidad sin precedentes en la historia republicana turca. Entre 1987 y 2002, trece provincias surorientales quedaron sometidas al OHAL (Olağanüstü Hal Bölge Valiliği), un régimen de excepción que concentraba poderes civiles y militares en un único gobernador regional, con autoridad para restringir las libertades, censurar publicaciones y ordenar operaciones militares al margen del control parlamentario ordinario (Zürcher, 2004). En paralelo, el Estado desplegó el sistema de guardias rurales (köy korucuları), una milicia paramilitar formada por kurdos reclutados entre tribus afines al gobierno, que llegó a movilizar a unos 60.000 combatientes a sueldo del Ejército, fracturando deliberadamente el tejido social kurdo para drenar el apoyo al PKK (Marcus, 2007). A ello se sumó un programa sistemático de evacuación forzada que vació más de 3.500 aldeas kurdas entre 1990 y 1999, con un saldo de entre dos y tres millones de desplazados internos y cerca de 40.000 muertos en el conjunto del conflicto (Bozarslan et al., 2021; McDowall, 2004). El aparato estatal no perdió en ningún momento el monopolio de la violencia legítima en las regiones kurdas: no se produjo colapso institucional ni vacío administrativo comparable al de Irak en 1991 o al de Siria tras 2011 (Tezcür, 2009). La captura de Öcalan en febrero de 1999 en Kenia, en una operación conjunta de los servicios turcos, estadounidenses e israelíes, y su encarcelamiento, primero bajo pena de muerte y, desde 2002, de por vida, en la prisión-isla de İmralı, aceleraron el declive militar del movimiento (Marcus, 2007).

9.3 Disolución del PKK (2024-2026)

En febrero de 2025, Abdullah Öcalan emitió desde İmralı un llamamiento formal para que la organización depusiera las armas. En mayo, el XII Congreso del PKK, celebrado en el norte de Irak, adoptó oficialmente la decisión de autodisolución tras más de cuatro décadas de lucha armada; en julio, una ceremonia filmada en la región kurda iraquí documentó la destrucción de parte de su arsenal; y el 26 de octubre de 2025 el movimiento completó la retirada de todas sus fuerzas del territorio turco hacia el norte de

Irak (Al Jazeera, 2025). Se trata de la primera disolución voluntaria y sin condiciones de una insurgencia kurda en la historia contemporánea.

Entender este desenlace exige contextualizar la singularidad institucional del Estado turco. A diferencia de Irak o Siria —creaciones británica y francesa tras 1920—, Turquía no construyó su Estado desde cero al término de la Primera Guerra Mundial: heredó un aparato burocrático y militar funcional del tardío Imperio otomano, modernizado ya desde las reformas de las *Tanzimat* del siglo XIX (Zürcher, 2004). Esa continuidad institucional, reforzada por el ejercicio ininterrumpido del poder kemalista durante casi tres décadas (1923-1950) y por el ingreso de Turquía en la OTAN en 1952, que le proporcionó apoyo técnico y militar occidental, dotó al Estado turco de una profundidad administrativa que ningún otro país anfitrión de población kurda ha logrado igualar. Como documenta Marcus (2007), esa capacidad se tradujo operativamente en la sostenibilidad de una campaña anti insurgente de cuatro décadas: el Ejército turco pudo proyectar fuerza simultáneamente sobre el sureste interno y, mediante operaciones transfronterizas recurrentes, sobre las bases del PKK en el norte de Irak, sin que sus recursos centrales ni su cadena de mando resultasen comprometidos en ningún momento.

Este desenlace no puede interpretarse, sin embargo, ni como el producto de un fracaso interno kurdo ni como una maduración política tardía del movimiento (Dalay, 2025). Es, más bien, la constatación empírica de la tesis formulada por Tilly (1985): frente a un Estado que jamás pierde su guerra interna y mantiene inalterada su integridad institucional, ninguna autonomía de facto puede emerger ni consolidarse. A diferencia de Irak en 1991 o de Siria tras 2011, donde el colapso parcial del Estado anfitrión abrió la ventana de oportunidad que permitió la institucionalización de estructuras kurdas de autogobierno, el Estado turco conservó en todo momento el monopolio de la violencia legítima, la capacidad fiscal y el control administrativo del territorio. En esas condiciones, incluso la insurgencia kurda más sostenida del Oriente Medio contemporáneo se vio obligada a negociar su propia extinción. La variable explicativa, una vez más, no es la fortaleza o debilidad del movimiento kurdo, sino la solidez ininterrumpida del Estado al que se enfrenta.

10. Conclusiones

El recorrido analítico desarrollado a lo largo del presente Trabajo Fin de Grado permite formular una conclusión fundamental que trasciende la mera recapitulación de los casos examinados. Lejos de constituir relatos yuxtapuestos, los casos de Irak, Siria, Turquía e Irán se revelan, en clave dialéctica, como cuatro observaciones empíricas de un mismo fenómeno estructural: la materialización de la autonomía kurda se encuentra sistemáticamente condicionada por la integridad institucional y la capacidad coercitiva del Estado anfitrión. La hipótesis central del trabajo, que postula una correlación inversa entre ambas variables, resulta, a la luz de la evidencia examinada, plenamente contrastada.

De manera más específica, el análisis comparado permite concluir que el movimiento nacionalista kurdo, pese a reunir la práctica totalidad de los elementos aglutinadores que la sociología clásica asocia a la idea de nación —lengua, memoria histórica compartida, asentamiento territorial continuado, conciencia identitaria diferenciada y élites movilizadoras—, se muestra intrínsecamente incapaz de generar estructuras protoestatales viables cuando el aparato estatal que lo contiene conserva intacta su capacidad coercitiva e institucional. Dicho de otro modo, la nación, entendida tanto en sus términos subjetivistas (Anderson, Hobsbawm) como en sus términos objetivistas (Gellner, Smith), no constituye, por sí misma, una condición suficiente para el surgimiento de formaciones políticas autónomas; antes bien, son las condiciones estructurales del Estado anfitrión las que determinan la ventana de posibilidad de dicho surgimiento. Esta conclusión, que desplaza el eje explicativo de la identidad al poder estatal, constituye la principal aportación analítica del presente trabajo.

10.1. Síntesis comparada de variables

La contrastación empírica del argumento se ilustra de manera sintética en el cuadro comparativo que se presenta a continuación, en el que se refleja la interacción entre las variables de control (C), la variable independiente (X) y la variable dependiente (Y) en los cuatro casos de estudio:

País	VARIABLES DE CONTROL (C)	VARIABLE INDEPENDIENTE (X): integridad institucional y capacidad coercitiva	VARIABLE DEPENDIENTE (Y): materialización de la autonomía kurda
Irak	<i>Iguales</i>	Colapso estatal severo (Guerra del Golfo, 1991; invasión estadounidense, 2003)	Éxito: autonomía consolidada (Gobierno Regional del Kurdistan, con reconocimiento constitucional desde 2005)
Siria	<i>Iguales</i>	Colapso estatal temporal (guerra civil desde 2011; retirada del ejército del noreste)	Éxito relativo y reversible: Administración Autónoma del Norte y el Este de Siria (Rojava); proceso de integración forzada tras la caída de al-Assad (2024-2026)
Turquía	<i>Iguales</i>	Alta integridad institucional ininterrumpida; monopolio efectivo de la violencia	Fracaso: disolución definitiva del PKK (2025) tras más de cuatro décadas de lucha armada
Irán	<i>Iguales</i>	Alta integridad institucional sostenida; aparato represivo consolidado (IRGC, Basij)	Fracaso: contención sistemática desde la República de Mahabad (1946) hasta la represión del movimiento “Mujer, Vida, Libertad” (2022)

La lectura conjunta del cuadro revela que, en los dos casos en los que la hipótesis pronosticaba el éxito relativo —Irak, a partir del colapso severo del régimen baazista tras la Guerra del Golfo de 1991, y Siria, a partir del colapso temporal del régimen—, se constata, efectivamente, la materialización de estructuras efectivas de autogobierno kurdo.

En los dos casos restantes, Turquía e Irán, en los que la integridad institucional del Estado se ha mantenido prácticamente inalterada, se verifica el fracaso sistemático de cualquier proyecto kurdo de autonomía, independientemente de la intensidad, la sofisticación organizativa o el grado de apoyo internacional de los movimientos insurgentes. La disolución definitiva del Partido de los Trabajadores del Kurdistan (PKK) en 2025, tras más de cuarenta años de lucha armada, y la contención reiterada de las aspiraciones kurdas iraníes, constituyen las dos ilustraciones empíricas más claras de dicha regularidad. El desenlace del PKK no debe interpretarse, a la luz de los hallazgos de este trabajo, como el producto de un fracaso interno kurdo, sino como la constatación empírica de la tesis de Tilly (1985): frente a un Estado que jamás pierde su guerra interna y mantiene inalterada su integridad institucional, ninguna autonomía de facto puede emerger ni consolidarse.

10.2. La reversibilidad de los procesos de autonomía

Un hallazgo especialmente relevante que se desprende del análisis comparativo es la plena reversibilidad de los procesos de autonomía kurda. La evidencia examinada demuestra que, en tanto que dichos procesos se sostienen sobre vacíos de poder coyunturales, y no sobre una transformación estructural de la relación entre el Estado anfitrión y la minoría kurda, su supervivencia queda supeditada a la incapacidad prolongada del Estado original para recuperar su integridad institucional. El caso de Siria en el periodo 2024-2026 ilustra este argumento con particular nitidez: el acuerdo de integración de las Fuerzas Democráticas Sirias en el nuevo aparato militar damasceno, suscrito en marzo de 2025 bajo la presidencia de Ahmad al-Sharaa, supone la constatación empírica de que la autonomía de Rojava resultó sostenible únicamente en la medida en que el Estado sirio se hallaba fragmentado, y se disuelve en cuanto dicha fragmentación se revierte. Un paralelismo histórico revelador lo proporciona la efímera República de Mahabad (enero-diciembre de 1946), cuya disolución se produjo tan pronto como las fuerzas soviéticas se retiraron del territorio iraní y Teherán recuperó la capacidad operativa en sus regiones occidentales. Ambos episodios, separados por casi ochenta años, confirman que la autonomía kurda no es una conquista estructural, sino una contingencia estatal.

10.3. Una ventana de oportunidad abierta: el caso iraní a cierre de la investigación

Uno de los hallazgos más relevantes del estudio, cuya verificación empírica queda necesariamente fuera del alcance de este trabajo, se refiere al propio caso iraní. La situación de la República Islámica en los primeros meses de 2026 presenta, por primera vez desde la revolución de 1979, una combinación de factores de fragilidad estatal que podría abrir la ventana de oportunidad que la hipótesis central de este trabajo identifica como condición necesaria para la emergencia de autonomía kurda: guerra abierta con Estados Unidos e Israel desde febrero de 2026, muerte del Líder Supremo Alí Jameneí el 28 de febrero de ese mismo año (Barkey, 2026) y crisis de legitimidad arrastrada desde el movimiento Mujer, Vida, Libertad de 2022.

A esto se suman dos dinámicas que refuerzan la plausibilidad del escenario. La primera es la formación, el 22 de febrero de 2026, de la Coalición de Fuerzas Políticas del Kurdistan iraní, que por primera vez en la historia reúne a las principales

organizaciones kurdo-iraníes (PDKI, PJAK, PAK, Khabat y Komala) bajo un mismo paraguas político-militar (Bodette, 2026). La segunda son las informaciones recogidas por medios internacionales sobre una operación de inteligencia estadounidense dirigida a armar a combatientes kurdos en el norte de Irak, con el objetivo de precipitar una insurgencia en Irán (Bertrand et al., 2026), junto con las presiones ejercidas sobre el Gobierno Regional del Kurdistan iraquí para que se sumara al esfuerzo militar contra Teherán (Ravid & Caputo, 2026).

Aplicada la lógica del presente estudio, el desenlace dependerá de una única variable: si el Estado iraní logra mantener su integridad institucional y su monopolio coercitivo sobre el territorio, como hizo en 1946 tras Mahabad, en 1979 tras Bazargan y en 2022 tras Mahsa Amini, o si, por el contrario, la combinación de presión militar exterior, sucesión en la cúspide del régimen y movilización interna desborda su capacidad para reconstruir su autoridad. Solo en este segundo escenario, siguiendo la regularidad observada en Irak en 1991 y en Siria en 2011, cabría esperar la emergencia de una estructura de autogobierno kurda sostenible. La confirmación o refutación empírica de esta hipótesis queda, por tanto, abierta a la evolución de los procesos en curso y constituye una línea natural de continuidad para investigaciones futuras.

10.4. Limitaciones del estudio y líneas de investigación futuras

El presente trabajo presenta, naturalmente, una serie de limitaciones que conviene señalar. El primero es que el estudio se ha ceñido al análisis comparativo de cuatro casos. Esa elección permite aislar con nitidez la variable explicativa, pero, al mismo tiempo, restringe la generalización de los hallazgos más allá del espacio kurdo. Una continuación natural del trabajo sería aplicar el modelo a otros contextos análogos —los tamiles en Sri Lanka, los tuareg en el Sahel, los chechenos en Rusia— para comprobar si la lógica que describe el caso kurdo opera también fuera de Oriente Medio.

Un segundo límite es metodológico. El trabajo se apoya sobre todo en la literatura secundaria y, en menor medida, en la prensa contemporánea; carece, por tanto, de trabajo de campo directo. Una ampliación natural sería incorporar entrevistas con actores kurdos, estatales y regionales, así como un análisis sistemático de fuentes primarias en sus lenguas originales (kurdo, árabe, turco, persa).

El tercer límite, y quizá el más relevante, tiene que ver con el propio objeto del trabajo: buena parte de los procesos analizados sigue en curso. La reconfiguración territorial de Siria y la potencial apertura de una ventana en Irán, tras el debilitamiento del régimen, todavía están en desarrollo, y su evolución determinará en gran medida si las conclusiones aquí alcanzadas se sostienen o requieren matices. Investigaciones posteriores tendrán que comprobar si, una vez más, los Estados anfitriones recuperan el control y confirman el carácter reversible de la autonomía kurda, o si, por el contrario, alguno de los casos logra transformar la coyuntura actual en una ruptura estructural sostenida.

En cualquier caso, el marco que aquí se propone, el cruce entre las teorías sobre la capacidad estatal y el diseño de sistemas más similares, ofrece una herramienta útil no solo para pensar la cuestión kurda, sino también para leer, en clave comparada, la relación entre los Estados y las minorías nacionales que conviven en su interior.

Declaración de Uso de Herramientas de Inteligencia Artificial Generativa en Trabajos Fin de Grado

Por la presente, yo, Leonor Rosales March, estudiante de ADE y Relaciones Internacionales de la Universidad Pontificia Comillas al presentar mi Trabajo Fin de Grado titulado "En Rojava y en Erbil: análisis de los factores que explican el éxito de las aspiraciones kurdas en Irak y Siria, y su fracaso en Turquía e Irán", declaro que he utilizado la herramienta de Inteligencia Artificial Generativa ChatGPT u otras similares de IAG de código sólo en el contexto de las actividades descritas a continuación:

1. **Referencias:** usadas junto con otras herramientas, como Science, para identificar referencias preliminares que luego he contrastado y validado.
2. **Constructor de plantillas:** para diseñar formatos específicos de las secciones del trabajo.
3. **Corrector de estilo literario y de lenguaje:** para mejorar la calidad lingüística y estilística del texto.
4. **Generador previo de diagramas de flujo y de contenido:** para esbozar diagramas iniciales.
5. **Sintetizador y divulgador de libros complejos:** para resumir y comprender literatura compleja.
6. **Revisor:** Para recibir sugerencias sobre cómo mejorar y perfeccionar el trabajo, según diferentes niveles de exigencia.
7. **Traductor:** para traducir textos de un idioma a otro.

Afirmo que toda la información y contenido presentados en este trabajo son producto de mi investigación y esfuerzo individual, excepto donde se ha indicado lo contrario y se han dado los créditos correspondientes (he incluido las referencias adecuadas en el TFG y he explicitado para qué se ha usado ChatGPT u otras herramientas similares). Soy consciente de las implicaciones académicas y éticas de presentar un trabajo no original y acepto las consecuencias de cualquier violación de esta declaración.

Fecha: abril, 2026

Firma: **Leonor Rosales March**

Bibliografia

- Abrahamian, E. (2008). *A history of modern Iran*. Cambridge University Press.
- Agencies, N. (n.d.). Kurdish PKK announces it is withdrawing fighters from Turkiye to Iraq. Al Jazeera. Retrieved 20 April 2026, from <https://www.aljazeera.com/news/2025/10/26/kurdish-pkk-announces-its-withdrawing-fighters-from-turkiye-to-iraq>
- Allsopp, H., & Wilgenburg, W. van. (2019). *The Kurds of northern Syria: Governance, diversity and conflicts* (First edition). I.B. Tauris.
<https://doi.org/10.5040/9781788315944>
- Anderson, Benedict. 1983. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso.
- Anderson, L. D., & Stansfield, G. R. V. (2009). *Crisis in Kirkuk*.
- Ayubi, N. N. (1995). *Over-stating the Arab state: Politics and society in the Middle East*. I.B. Tauris.
- Barkey, H. J. (2026, April 9). The Fall of Rojava. Foreign Policy.
<https://foreignpolicy.com/2026/01/28/rojava-turkey-syria-kurds-erdogan-sharaa/>
- Beblawi, H. (1987). The rentier state in the Arab world. *Arab Studies Quarterly*, 9(4), 383-398. <https://www.jstor.org/stable/41857943>
- Bengio, Ofra. 2012. *The Kurds of Iraq: Building a State within a State*. Boulder: Lynne Rienner.
- Bertrand, N., Treene, A., Cohen, Z., Ward, C., & Cotovio, V. (2026, 3 de marzo). CIA working to arm Kurdish forces to spark uprising in Iran, sources say. CNN.
<https://www.cnn.com/2026/03/03/politics/cia-arming-kurds-iran>
- Bodette, M. (2026, March 1). *The Coalition of Political Forces of Iranian Kurdistan: Risks and Opportunities*. Kurdish Peace Institute.

<https://www.kurdishpeace.org/research/democracy/the-coalition-of-political-forces-of-iranian-kurdistan-risks-and-opportunities/>

Bozarslan, H., Gunes, C., & Yadirgi, V. (Eds). (2021). *The Cambridge History of the Kurds* (1st edn). Cambridge University Press.

<https://doi.org/10.1017/9781108623711>

Breuilly, J. (Ed.). (2013). *The Oxford handbook of the history of nationalism*. Oxford University Press.

Can the Kurds Challenge the Iranian Regime? | Council on Foreign Relations. (2026, March 6). <https://www.cfr.org/articles/are-iranian-kurds-capable-of-challenging-the-islamic-regime>

Chaliand, G. (Ed.). (1980). *People without a country: The Kurds and Kurdistan*. Zed Press.

Dalay, G. (2025, 12 de mayo). *The dissolution of the PKK could transform Turkey's domestic politics and foreign policy*. Chatham House.

<https://www.chathamhouse.org/2025/05/dissolution-pkk-could-transform-turkeys-domestic-politics-and-foreign-policy>

Dam, N. V. (2011). *The Struggle for Power in Syria* (1st edn, p. 1). I.B. Tauris.

Aftandilian, Gregory. DC (ACW), A. C. W. (2026, January 29). *The Shrinking Space for Kurdish Autonomy in Syria*. Arab Center Washington DC.

<https://arabcenterdc.org/resource/the-shrinking-space-for-kurdish-autonomy-in-syria/>

Ervand Abrahamian-A History of Modern Iran (2008), 155-196.pdf. (n.d.). Retrieved 9

April 2026, from <https://www.docdroid.net/MK06CcE/ervand-abrahamian-a-history-of-modern-iran-2008-155-196-pdf>

- Gellner, Ernest. 1983. *Nations and Nationalism*. Oxford: Blackwell.
- Ghai, Yash. 2000. *Autonomy and Ethnicity: Negotiating Competing Claims in Multi-Ethnic States*. Cambridge: Cambridge University Press.
<https://es.scribd.com/document/307301136/Yash-Ghai-Autonomy-and-Ethnicity-Negotiating-Competing-Claims-in-Multi-Ethnic-States-2000-1>
- Gunter, Michael M. 2011. *The Kurds Ascending: The Evolving Solution to the Kurdish Problem in Iraq and Turkey*. New York: Palgrave Macmillan.
- Hakari, M. A. (2025, January 3). Rojava Under Pressure After the Fall of Dictator Al-Assad: Turkey and Islamist Allies Threaten the Kurdish Autonomous Region in Syria. PRIF BLOG. <https://blog.prif.org/2025/01/03/rojava-under-pressure-after-the-fall-of-dictator-al-assad-turkey-and-islamist-allies-threaten-the-kurdish-autonomous-region-in-syria/>
- Hassaniyan, A., & Sohrabi, M. (2022). Colonial Management of Iranian Kurdistan; with Emphasis on Water Resources. *Journal of World-Systems Research*, 28(2).
<https://doi.org/10.5195/jwsr.2022.1081>
- Hobsbawm, E. J. (1991). *Naciones y nacionalismo desde 1780: Programa, mito, realidad* (J. Beltrán, Trad.). Crítica.
- Holliday, S. J. (2025, 3 de septiembre). The competition over the values of world order: Iran's Woman, Life, Freedom movement and Israel's 'Operation Rising Lion'. *LSE Middle East Centre Blog*. <https://blogs.lse.ac.uk/mec/2025/09/03/the-competition-over-the-values-of-world-order-irans-woman-life-freedom-movement-and-israels-operation-rising-lion/>
- How Damascus Reclaimed Syria's Northeast, and What Integration Now Means. (n.d.). Middle East Council on Global Affairs. Retrieved 8 April 2026, from https://mecouncil.org/blog_posts/syria-sdf-integration-agreement-2026-analysis/

- Ibrahim, S. (2023). The Role of the US & UK: Towards the Independence of Kurdistan. *Eurasian Journal of Management & Social Sciences - Open Access*, 4(1), 1–10. <https://doi.org/10.23918/ejmss.V4i1p1>
- Iran, Israel, and regime survival. (n.d.). SEPAD. Retrieved 9 April 2026, from <https://www.sepad.org.uk/announcement/iran-israel-and-regime-survival>
- Iraq's Crime Of Genocide. (1994). Human Rights Watch. <https://www.hrw.org/report/1994/05/01/iraqs-crime-genocide-anfal-campaign-against-kurds>
- Jalal, L. (2026, marzo). Why a U.S.-backed Kurdish insurgency in Iran remains unlikely. Middle East Policy Council. <https://mepc.org/commentaries/why-a-u-s-backed-kurdish-insurgency-in-iran-remains-unlikely/>
- Jasmin. (2022, November 21). Iran Protests: Massacre in Kurdish Areas Feared as Security Forces Launch Lethal Crackdown. Center for Human Rights in Iran. <https://iranhumanrights.org/2022/11/iran-protests-massacre-in-kurdish-areas-feared-as-security-forces-launch-lethal-crackdown/>
- Jackson, R. H. (1990). *Quasi-states: Sovereignty, international relations, and the Third World*. Cambridge University Press.
- Jongerden, J., & Akkaya, A. H. (2012). The Kurdistan Workers Party and a New Left in Turkey: Analysis of the revolutionary movement in Turkey through the PKK's memorial text on Haki Karer. *European Journal of Turkish Studies. Social Sciences on Contemporary Turkey*, (14). <https://doi.org/10.4000/ejts.4613>
- KEDISTAN. (2017, August 11). Document • Constitution • Rojava's Social Contract. KEDISTAN. <https://www.kedistan.net/2017/08/11/document-constitution-rojava-social-contract/>

Kurdish-led SDF agrees integration with Syrian government forces. (n.d.). Al Jazeera.

Retrieved 8 April 2026, from

<https://www.aljazeera.com/news/2026/1/30/kurdish-led-sdf-agrees-integration-with-syrian-government-forces>

Kymlicka, Will. 1995. *Multicultural Citizenship: A Liberal Theory of Minority Rights*. Oxford: Oxford University Press.

Leezenberg, M. (2023). History, Culture and Politics of the Kurds: A Short Overview. *Kulturní Studia*, 2023, 115–127. <https://doi.org/10.7160/KS.2023.200105>

Marcus, A. (2009). *Blood and Belief: The PKK and the Kurdish Fight for Independence*. NYU Press.

McDowall, D. (2013). *A modern history of the Kurds* (3., rev.updated ed., reprint). Tauris.

McGarry, John, and Brendan O’Leary. 1993. *The Politics of Ethnic Conflict Regulation: Case Studies of Protracted Ethnic Conflicts*. London: Routledge.

Migdal, Joel S. 1988. *Strong Societies and Weak States: State-Society Relations and State Capabilities in the Third World*. Princeton: Princeton University Press.

Natali, Denise. 2010. *The Kurdish Quasi-State: Development and Dependency in Post-Gulf War Iraq*. Syracuse: Syracuse University Press.

Natali D (2014) Iraq oil dispute reveals KRG vulnerability. Available at: www.al-monitor.com/pulse/originals/2014/02/baghdad-erbil-crisis-krge-financial-oil.html (accessed 28 May 2014)

Olson, Robert. 1989. *The Emergence of Kurdish Nationalism and the Sheikh Said Rebellion, 1880–1925*. Austin: University of Texas Press.

Pegg S (1998) *International Society and the De Facto State*. London: Ashgate.

- Pegg, S. (1998). *De facto states in the international system* (Working Paper No. 21).
Institute of International Relations, University of British Columbia.
- Ravid, B., & Caputo, M. (2026, 7 de marzo). Under threat, Iraqi Kurds resist pressure to join Iran war. *Axios*. <https://www.axios.com/2026/03/07/iran-kurds-iraq-israel-trump-cia-mossad>
- Rotberg, Robert I., ed. 2004. *When States Fail: Causes and Consequences*. Princeton: Princeton University Press.
- Schmidinger, T. (2018). (41) ROJAVA: Revolution, War and the Future of Syria's Kurds. Pluto Press.
https://www.academia.edu/164664278/ROJAVA_Revolution_War_and_the_Future_of_Syrias_Kurds
- Seton-Watson, Hugh. 1977. *Nations and States: An Enquiry into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism*. London: Methuen.
- Smith, Anthony D. 1986. *The Ethnic Origins of Nations*. Oxford: Blackwell.
- Stansfield, G., & Shareef, M. (Eds.). (2017). *The Kurdish question revisited*. Oxford University Press.
- Tejel, Jordi. 2009. *Syria's Kurds: History, Politics and Society*. London: Routledge.
- Tezcür, G. M. (2009). Kurdish Nationalism and Identity in Turkey: A Conceptual Reinterpretation. *European Journal of Turkish Studies*. *Social Sciences on Contemporary Turkey*, (10). <https://doi.org/10.4000/ejts.4008>
- The dissolution of the PKK could transform Turkey's domestic politics and foreign policy | Chatham House – International Affairs Think Tank. (2023, May 23). <https://www.chathamhouse.org/2025/05/dissolution-pkk-could-transform-turkeys-domestic-politics-and-foreign-policy>

Tilly, C. (n.d.). War making and state making as organized crime. In *Bringing the State Back In*, edited by Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer, and Theda Skocpol, 169–191. Cambridge: Cambridge University Press.

Tripp, Charles. 2007. *A History of Iraq*. 3rd ed. Cambridge: Cambridge University Press. <https://es.scribd.com/document/850033056/Charles-Tripp-a-History-of-Iraq-Z-lib-org>

UN. Security Council (46th year : 1991) (Ed.). (5). Resolution 688 (1991). UN. <https://digitallibrary.un.org/record/110659>

Vali, A. (2011). *Kurds and the state in Iran: The making of Kurdish identity*. I.B. Tauris.

van Bruinessen, Martin. 1992. *Agha, Shaikh and State: The Social and Political Structures of Kurdistan*. London: Zed Books.

van Dam, Nikolaos. 2011. *The Struggle for Power in Syria*. 4th ed. London: I.B. Tauris. What recent developments in Syria mean for the Kurds | Chatham House – International Affairs Think Tank. (2025, June 11).

<https://www.chathamhouse.org/2026/02/what-recent-developments-syria-mean-kurds>

Whitesell, S. E. (1993). The Kurdish crisis: An international incident study. *Denver Journal of International Law & Policy*, 21(2), 455-474.

Will Kymlicka's Multicultural Citizenship. *Beijing Law Review*, 16(4), 2198–2217. <https://doi.org/10.4236/blr.2025.164111>

Yash Ghai-Autonomy and Ethnicity Negotiating Competing Claims in Multi-Ethnic States (2000) | PDF | Federalism | Federation. (n.d.). Scribd. Retrieved 21 April 2026, from <https://www.scribd.com/document/307301136/Yash-Ghai->

Autonomy-and-Ethnicity-Negotiating-Competing-Claims-in-Multi-Ethnic-States-2000-1

Yavari, E. (2026, March 20). La guerra entre Irak e Irán: El nacimiento de la República Islámica. In Defence of Marxism. <https://marxist.com/la-guerra-entre-irak-e-iran-el-nacimiento-de-la-republica-islamica.htm>

Zürcher, Erik Jan. 2004. Turkey: A Modern History. 3rd ed. London: I.B. Tauris.